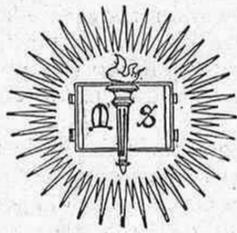


# La Ilustración Artística



# Artística

Año XXVIII

BARCELONA 22 DE MARZO DE 1909

Núm. 1.421



CENTENARIO DE M. J. DE LARRA, dibujo de J. L. Pellicer

## ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos el tomo primero de la presente serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL, titulado

## DEUDA DEL CORAZÓN

## EL ANGEL DE LA GUARDA

hermosa novela original del que fué eximio escritor D. José Selgas, en cuya obra dió muestra de sus relevantes condiciones, ya que resulta un modelo de lenguaje y al propio tiempo una gallarda manifestación de su privilegiado ingenio.

El libro contiene numerosos grabados reproducción de dibujos originales del distinguido artista D. Arcadio Mas y Fondevila.

## SUMARIO

**Texto.**—D. Mariano José de Larra (*Figaro*), por Miguel S. Oliver. — Centenario del nacimiento de M. J. de Larra. *Yo quiero ser cómico*, por M. J. de Larra. — *La recolección de la sal*. — S. M. el rey D. Alfonso XIII en Africa, por Luis Martínez Escarriaza. — *Actualidades extranjeras. La batalla electoral en Italia. La huelga de los telegrafistas en París. Problema de ajedrez. Ladrón de amor*, novela ilustrada (continuación). — *Los restos del teniente D. Jacinto Ruiz*.

**Grabados.**—M. J. de Larra (*Figaro*), dibujo de J. L. Pellicer. — Dibujo que ilustra el artículo *Yo quiero ser cómico*. — *Retrato de Victoria Stanley*, cuadro de Juan Salvador Sargent. — *Recolección de la sal en las salinas del Mediodía de Francia*. — D. Alfonso XIII en Africa. — *Sidi Mahomed Saidi*. — *Moros tiradores del Riff*. — *Sacerdote socialista de Italia saliendo de un colegio electoral*. — *El sacerdote Rómulo Murri, elegido diputado por el partido socialista*. — *La huelga de los telegrafistas en París*. — *En la ribera*, cuadro de Alberto Plá y Rubio. — *En la feria*, cuadro de J. Navarro. — *En la sierra del Guadarrama*, fragmento del cuadro de Jaime Morera. — *Alejo Suvarine*. — *Mis Silvia Green, su madre y su esposo*. — *Pablo Casals*. — *El teniente D. Jacinto Ruiz*. — *Traslado de los restos del teniente Ruiz*. — *Descendientes del teniente Ruiz y comisiones presenciando la inhumación de sus restos*. — *Un mercado de esclavos blancos en Nueva York*.

## D. MARIANO JOSÉ DE LARRA

(FIGARO)

El día 24 del mes corriente hará cien años justos del nacimiento de Larra. Con excelente acuerdo, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA quiere conmemorar el centenario del famoso y peregrino escritor; y por esta vez, y como excepción, suprimo la acostumbrada crónica barcelonesa para dedicar un recuerdo a la memoria del insigne satírico, que destaca cada vez con mayor intensidad sobre el cuadro de la literatura española en el siglo XIX, como si fuera la figura esencial y dominante de ese período.

¡1809! Parece que entre las convulsiones de las guerras napoleónicas y las incertidumbres del porvenir, las matronas de la época concebían hijos destinados a ser un viviente holocausto de todas las expiaciones, una exquisita destilación del mal del siglo, una llama de luz purificadora. Así, los predeterminados cuyo nacimiento celebramos ahora, al cabo de una centuria, se llamaron en 1809 Edgardo Poe, Federico Chopin, Mariano José de Larra, Jaime Balme...

¿Qué bebedizo ha dado Larra a las generaciones siguientes, que con recuerdo tan tenaz se lo disputan por suyo y tienen a gala el comprenderle mejor que las anteriores? ¿De dónde su perenne y vivísima actualidad? Porque ocurre a menudo que, en medio de las vicisitudes y calamidades de nuestro presente, no encontramos una voz bastante poderosa, una expresión bastante eficaz y definitiva que las formule y haga visibles a nuestro espíritu. Y entonces, sin querer, por obra espontánea del instinto, volvemos los ojos al gran periodista de 1833 y hallamos en una de sus frases, en uno de sus añejos artículos o comentarios, aquella profundidad de mirada y aquel poder absoluto de expresión que no sabemos encontrar ahora en nosotros mismos y para las cosas de nuestro propio momento.

En este sentido de la actualidad, puede decirse, sin resabios de paradoja, que Larra es más contemporáneo nuestro que de los suyos propios; más contemporáneo nuestro que muchos que vivieron después de él, que todavía viven y producen. Si cerramos los ojos, en un esfuerzo de comprensión, para abarcar el panorama intelectual de España en el siglo pasado, el recuerdo de Larra domina y triunfa sobre todos los otros. Sobre los de más vasta producción; sobre los de mayor sabiduría; sobre los más

campanudos y solemnes ó de mayores ínfulas como poetas y artistas puros; sobre quienes cultivaron géneros más elevados en sí mismos y creyeron desafiar el tiempo más altivamente.

Sobre todo ese conjunto de personalidades se levanta el recuerdo de Larra con una pertinacia cada día mayor, hasta el extremo de parecer imposible que tamaña sugestión haya sido impuesta con un puñado de cuartillas por un mozo que se dedicó al oficio de escritor público durante un período de cinco años escasos y que murió antes de los veintiocho.

Algo de extraordinario debió de poseer su inteligencia ó su temperamento que de tal suerte venciera las desfavorables condiciones del género que cultivó y la inferioridad formal que acompaña a los autores festivos, ligeros ó mordaces. Según las clasificaciones rutinarias de la preceptiva, le correspondiera ocupar un puesto muy subalterno; según la clasificación viviente de nuestras preferencias, ocupa un lugar único. Todos sus coetáneos y muchos de sus sucesores nos parecen más lejanos, más distantes de nosotros, en el tiempo y en el espíritu, que ese *Figaro* siempre actual, siempre «oportuno» con la hora, siempre presente en nuestra alma. Compárese la posición de su talento con la de tantos insignes retrasados y anacrónicos como han venido después, y dígame qué otra espiritualidad más intensa ha podido expresarse en castellano durante toda la pasada centuria, incluyendo a Espronceda y al frustrado Cabanyes.

Más todavía que un talento, con ser el suyo tan ágil y poderoso, fué un espíritu, un alma intensísima la que se dió y derramó en sus opúsculos: un alma de misteriosa y extraña radioactividad que obraba en todos sentidos, de burlas y de veras, á través de la prosa, á través de la parodia y el sarcasmo, para resolverse en una impresión final de pura poesía. Ríe uno y se divierte con las ocurrencias de *Figaro*. Pero cierra el volumen; olvida los pormenores grotescos, los rasgos de caricatura, todo lo contingente superficial y de un día; purifica y lava su memoria de lo prosaico y risible que la sátira no puede menos de manosear, y entonces, aquel espíritu á que me refería queda cantando como un rumor, desprendido ya de las palabras y de toda esclavitud lógica; queda cantando como la resonancia de unas cuerdas tirantes, de un dolor convulso, de un alma insomne, febril, agitada por un viento que viene de muy lejos, de allí, de Elsenor, del castillo de Hámlet; por el mismo viento que acaba de encrespar en Misolonghi la irritada cabellera de Byron.

En Larra se combinaron, casi en idénticas proporciones, el mal del siglo y el mal de la patria. Fué al propio tiempo el *Werther* y el Mickiewicz español. Escribiendo inmediatamente después del «decenio terrible» cuando al despotismo analfabeto y beocio de Calomarde sucedió el «despotismo ilustrado» de Cea, no participó más que por fórmula de las universales esperanzas y entusiasmos que levantaron los decretos de María Cristina. De esta época datan, precisamente, sus cartas de las Batuecas, reflejo inmediato del período anterior, con todo lo que tuvo de oprobiosa y cínica incultura, de grosería de espíritu, de embrutecimiento general. Con las odas encomiásticas de los desterrados acogidos á la amnistía y con la esperanza general de «un nuevo renacer de las luces», contrasta aquella honda y mal velada pesadumbre, aquella melancolía patriótica, como de polaco de una Polonia futura, que se desprende de las terribles cartas á Andrés Niporesas.

¿Costumbrista? Fuélo, ciertamente, y de los más agudos y perspicaces. Mas esta modalidad literaria era un producto del ambiente en aquella época de transición. Se asistía entonces á una crisis del mundo. El derecho nuevo, los inventos industriales, el maquinismo, determinaron una nueva estructura de la sociedad é inauguraron la evolución en sentido cosmopolita. Lo pintoresco y local sentíase instintivamente amenazado por esa ola igualitaria; las ciudades se transformaban y ensanchaban; todo perdía su viejo carácter, estático. Las apariencias y formas exteriores de la vida cambiaron más en cincuenta años que antes en quinientos. Y los costumbristas no fueron, en el fondo, más que elegiacos y comentaristas, plañideros ó divertidos, de las cosas que se iban ó estaban amenazadas de extinción.

En este sentido Larra fué un costumbrista, todo lo señalado que se quiera, pero al cual se le puede buscar parentesco y procedencia en Mesonero Romanos, en *Aben Amar*, en *El Estudiante*... No obstante, es empujón y materializar su figura el querer incluirla en una casilla de la clasificación literaria corriente: el declararle, á secas, crítico, ó autor de sátiras literarias y sociales, ó periodista de oposición. Fué todo esto *per accidens*, y en relación con el procedimiento adoptado; pero fué algo más,

mucho más, dentro de esto y por encima de esto.

Claro que, como satírico de las costumbres, podemos buscarle precedentes formales en Jovellanos, cuyos *Armestros* y *Alcaldas* no distan mucho de los mayorazgos, pisaverdes y señoras de rompe y rasga bosquejados por *Figaro*. Claro que de sus sátiras literarias hallaríamos el ascendiente inmediato en Moratín y un poco más arriba en *Jorge Pitillas*. Incluso á sus donaires y malicias de carácter político y á la especial caída de su primer estilo fuese posible señalarle la influencia de D. Bartolomé J. Gallardo, más famoso después como bibliófilo que como libelista y autor de folletos de polémica como *La apología de los palos* ó el *Diccionario crítico burlesco* en los días de las cortes de Cádiz.

¿Qué tomó Larra de todo ello? A lo sumo el molde, la cubierta, la envoltura, llenándolo todo de un espíritu antes de él desconocido, cuyo secreto poseía él exclusivamente, y nos ofreció uno de aquellos tipos de escritor que más indóciles se presentan á toda clasificación previa y más radicalmente echan por tierra la teoría de los «medios» desenvuelta por Taine como principio director de toda la historia literaria.

En efecto: Larra aparece mucho más como una excepción que como un engendro ó producto de lo que le rodea. Sus contemporáneos le tendrán por largo tiempo como un espíritu agriado, como un eterno displicente, incapaz de contentarse con nada ni con nadie. Atribuirán á razones subjetivas y personales ese descontento. Dirán de él, como se ha dicho de todos los satíricos, incluso Cervantes, que deprime y calumnia á su nación ó que la ve á través de unos ojos inyectados de bilis, en la extravasación de una perpetua ictericia. Nadie, entre cuantos constituyeron aquella generación ni algunas de las sucesivas, acertará á colocarse en su punto de vista y á explicarlo, como no sea algún extranjero, por el estilo de Edgardo Quinet en las páginas ditirámicas de *Mes vacaciones*.

Se necesitará que pasen sesenta ó setenta años y que ocurran catástrofes inauditas para que algunos espíritus atormentados y dolorosos vuelvan á sentir el «mal de la patria» como lo sentía *Figaro*, solitariamente, mal comprendido de la multitud, y aun pareciendo á muchos contradictoria aquella profunda pasión. Situado en la confluencia de dos épocas, entre el antiguo régimen y el moderno constitucionalismo, parece advertir por anticipado que la revolución hace «falsa ruta...»

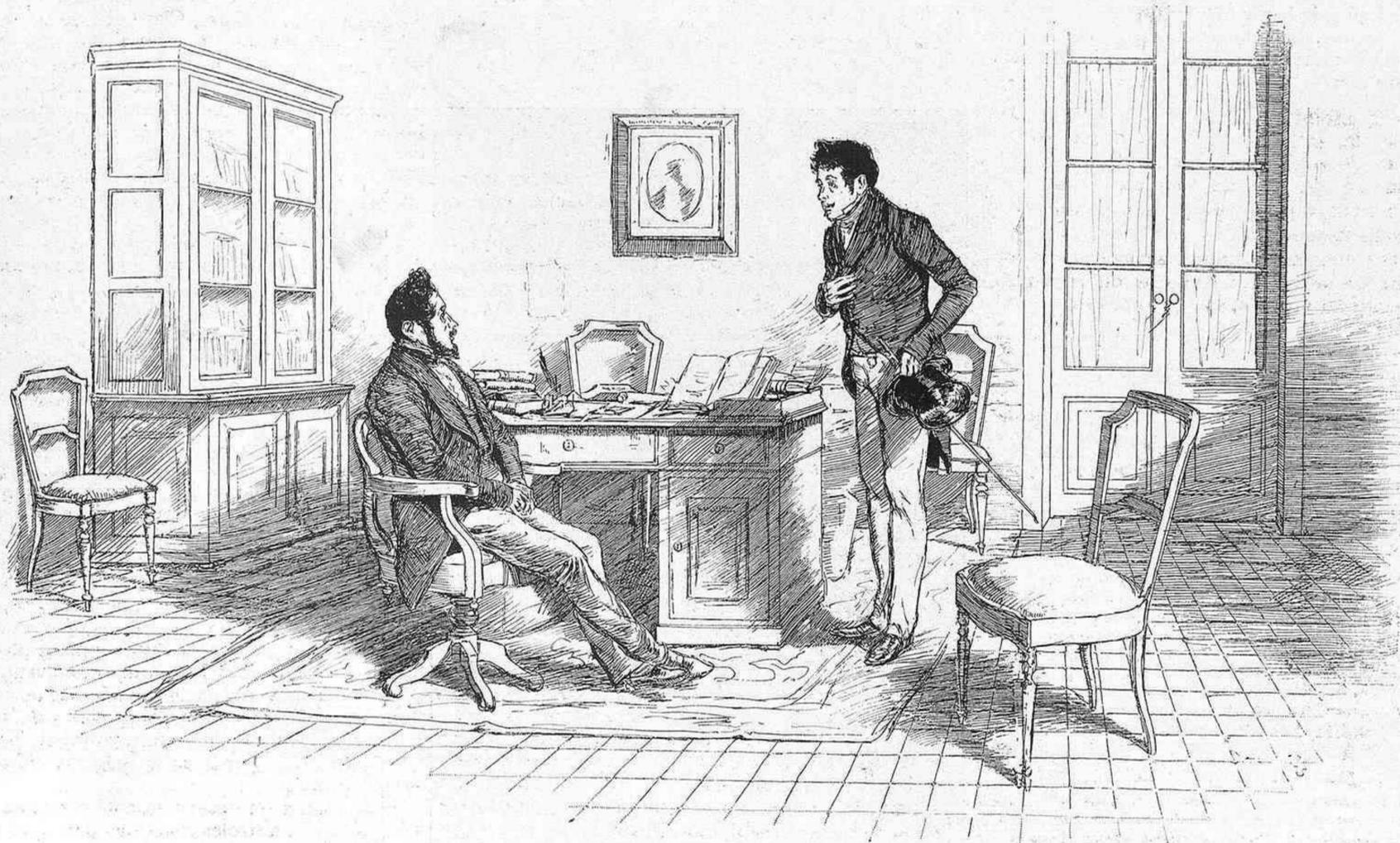
Diríase que echa de menos el fondo ó contenido de una verdadera transformación, el jugo y la substancia con que vivificar y hacer fructíferas á las leyes y, sobre todo, aquel incendio de los espíritus sin el cual todo renacimiento ó palingenesia de los pueblos se malogra, quedando en formalismo, en vacuidad, en simulacro. De aquí resulta que la posición espiritual de Larra en 1834 viene á ser la misma en que se hallarán, á la vuelta de tantos años, los regeneradores de 1898. Hasta entonces casi nadie había compartido ni entendido apenas aquel descontento. El escritor fué celebrado por razones en cierto modo secundarias: por su indefectible agudeza, por su chispa, por su dicción, porque «hacía seír.» La parte más honda de sí mismo permaneció largo tiempo desconocida y sin incorporarse á la psicología nacional. Oponíase á ello un concepto vulgar del patriotismo, basado sobre la más optimista confianza en nuestras fuerzas, en el estado de nuestra cultura, en nuestros destinos.

Se necesitó del desastre para desentendernos de él. Costa y Macías Picavea tuvieron que hacer justicia implacable á un sistema tan cómodo como á la larga funesto. Sus apóstrofes y conminaciones de los días de Cavite y Santiago son como un eco, como una paráfrasis, como una traslación á la política cotidiana de cuanto contenían en potencia las cartas del *Pobrecito hablador*. Entonces quedó completamente iluminada y esclarecida la figura del insigne escritor matritense y hubieron de reconocerse las prodigiosas intuiciones de Larra y cuanto representó y expresó aquel anticipado y supernacional.

Semejante aspecto sigue pareciéndome, ahora, el más interesante, al recordarse el centenario de su nacimiento. Leemos con deleite *El castellano viejo* ó *Todo el año es Carnaval* ó *Yo quiero ser cómico*. Pero al lado de su producción meramente literaria ó pintoresca, al lado de aquellas páginas valiosas, pero que otros contemporáneos ilustres pudieran haber escrito, gusto de recordar la parte suya, absolutamente propia é irreductible de su personalidad, y de hallar en aquel monólogo los acentos adecuados á nuestros infortunios, la interpretación de los futuros dolores y el comentario anticipado de nuestra propia sensibilidad.

MIGUEL S. OLIVER.

CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE M. J. DE LARRA.—(24 de marzo de 1809.-13 de febrero de 1837.)



YO QUIERO SER CÓMICO

No fuera yo Figaro, ni tuviera esa travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, si no sacara á luz pública cierta visita que no ha muchos días tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillón, de estos que dan vueltas sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto por asemejarse en cierto modo á muchas gentes que conozco, y me hallaba en la mayor perplejidad sin saber cuál de mis numerosas apuntes elegiría para un artículo que me correspondía ingerir aquel día en la *Revista*. Quería yo que fuese interesante sin ser mordaz, y conocía toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo que fuese serio, porque no está siempre un hombre de buen humor, ó de buen talante para comunicar el suyo á los demás. No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y por consiguiente verídico, por lo que me obligaba á no hacer más que cumplir con las obligaciones de fiel cronista de los usos y costumbres de mi siglo, no se me podrá culpar de mal intencionado, ni de amigo de buscar pendencias por una sátira más ó menos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogería por más inocente, y no encontraba por cierto mucho que escoger, cuando me deparó un artículo, al anunciarme mi criado á un joven que me quería hablar indispensablemente.

Pasó adelante el joven haciéndome una cortesía bastante zurda, como de hombre que necesita y estudia en la fisonomía del que le ha de favorecer sus gustos é inclinaciones, ó su humor del momento para conformarse prudentemente con él; y dando tormento á los tirantes y rudos músculos de su fisonomía para adoptar una especie de careta que desplegara á mi vista sentimientos mezclados de afecto y de deferencia, me dijo con voz forzosamente sumisa y cariñosa.

- ¿Es usted el redactor llamado *Figaro*?
- Qué tiene usted que mandarme.
- Vengo á pedirle un favor... ¡Cómo me gustan sus artículos de usted!
- Es claro... Si usted me necesita...
- Un favor de que depende mi vida acaso... ¡Soy un apasionado, un amigo de usted!
- Por supuesto..., siendo el favor de tanto interés para usted...
- Yo soy un joven...
- Lo presumo.
- Que quiero ser cómico, y dedicarme al teatro...
- ¿Al teatro?

- Sí, señor..., como el teatro está cerrado ahora...
- Es la mejor ocasión.
- Como estamos en cuaresma, y es la época de ajustar para la próxima temporada cómica, desearía que usted me recomendase...
- ¡Bravo empeño! ¿A quién?
- Al ayuntamiento.
- ¡Hola! ¿Ajusta el ayuntamiento?
- Es decir, á la empresa.
- ¡Ah! ¿Ajusta la empresa?
- Le diré á usted..., según algunos, esto no se sabe..., pero..., para cuando se sepa.
- En ese caso, no tiene usted prisa, porque nadie la tiene...
- Sin embargo, como yo quiero ser cómico...
- Cierto. ¿Y qué sabe usted? ¿Qué ha estudiado usted?
- ¿Cómo?, ¿se necesita saber algo?
- No; para ser actor, ciertamente, no necesita usted saber cosa mayor...
- Por eso; yo no quisiera singularizarme; siempre es malo entrar con pie en una corporación.
- Ya le entiendo á usted; usted quisiera ser cómico aquí, y así será preciso examinarle por la pauta del país. ¿Sabe usted el castellano?
- Lo que usted ve..., para hablar, las gentes me entienden...
- Pero la gramática, y la propiedad, y...
- No, señor, no.
- Bien, eso es muy bueno! Pero sabrá usted desgraciadamente el latín, y habrá estudiado humanidades, bellas letras...
- Perdone usted.
- Sabrá de memoria los poetas clásicos, y los comprenderá, y podrá verter sus ideas en las tablas.
- Perdone usted, señor. Nada, nada. ¡Tan poco favor me hace usted! Que me caiga muerto aquí si he leído una sola línea de eso, ni he oído hablar tampoco..., mire usted...
- No jure usted. ¿Sabe usted pronunciar con afectación todas las letras de una palabra, y decir unas voces por otras, *actitud* por *aptitud*, y *aptitud* por *actitud*, *diferencia* por *diferencia*, *háyamos* por *háyamos*, *dracmático* por *dramático*, y otras semejantes?
- Sí, señor, sí, todo eso digo yo.
- Perfectamente; me parece que sirve usted para el caso.
- ¿Aprendió usted historia?
- No, señor; no sé lo que es.
- Por consiguiente, no sabrá usted lo que son trajes, ni épocas, ni caracteres históricos...
- Nada, nada, no, señor.
- Perfectamente.

- Le diré á usted..., en cuanto á trajes, ya sé que en siendo muy antiguo, siempre á la romana.
- Esto es: aunque sea griego el asunto.
- Sí, señor: si no es tan antiguo, á la antigua francesa ó á la antigua española; según..., ropilla, trusas, capacete, acuchillados, etc. Si es más moderno ó del día, levita á la Utrilla en los calaveras, y polvos, casacón y media en los padres.
- ¡Ah!, ¡ah! Muy bien.
- Además, eso en el ensayo general se le pregunta al galán ó á la dama, según el sexo de cada uno que lo pregunta, y conforme á lo que ellos tienen en sus arcas, así...
- ¡Bravo!
- Porque ellos suelen saberlo.
- ¿Y cómo presentará usted un carácter histórico?
- Mire usted; el papel lo dirá, y luego como el muerto no se ha de tomar el trabajo de resucitar sólo para desmentirle á uno... Además, que gran parte del público suele estar tan enterado como nosotros...
- ¡Ah, ya!.. Usted sirve para el ejercicio. La figura es la que no...
- La no es gran cosa; pero eso no es esencial.
- Y de educación, de modales y usos de sociedad, ¿á qué altura se halla usted?
- Mal; porque si va á decir verdad, yo soy pobrecillo: yo era escribiente en una mala administración; me echaron por holgazán, y me quiero meter á cómico; porque se me figura á mí que es oficio en que no hay nada que hacer...
- Y tiene usted razón.
- Todo lo hace el apunte, y... por consiguiente no conozco esos señores usos de sociedad que usted dice, ni nunca traté ninguno de ellos.
- Ni conocerá usted el mundo, ni el corazón humano.
- Escasamente.
- ¿Y cómo representará usted tantos caracteres distintos?
- Le diré á usted: si hago de rey, de príncipe ó de magnate, ahuecaré la voz, miraré por encima del hombro á mis compañeros, mandaré con mucho imperio...
- Sin embargo, en el mundo esos personajes suelen ser muy afables y corteses, y como están acostumbrados, desde que nacen, á ser obedecidos á la menor indicación, mandan poco y sin dar gritos...
- Sí, pero ¡ya ve usted!, en el teatro es otra cosa.
- Ya me hago cargo.
- Por ejemplo, si hago un papel de juez, aunque esté delante de señoras ó en casa ajena, no me qui-

taré el sombrero, porque en el teatro la justicia está dispensada de tener crianza; daré fuertes golpes en el tablado con mi bastón de borlas, y pondré cara de caballo, como si los jueces no tuviesen entrañas...

—No se puede hacer más.

—Si hago de delincuente me haré el perseguido, porque en el teatro todos los reos son inocentes...

—Muy bien.

—Si hago un papel de pícaro, que ahora están en boga, cejas arqueadas, cara pálida, voz ronca, ojos atravesados, aire misterioso, apartes melodramáticos... Si hago un calavera, muchos brinco y zapatetas, carreritas de pies y lengua, vueltas rápidas y habla ligera... Si hago un barba, andaré á compás, como un juego de escarpas, me temblarán siempre las manos como perlático descoyuntado; y aunque el papel no apunte más de cincuenta años, haré del tarato y decrepito, y apoyaré mucho la voz con intención marcada en la moraleja, como quien dice á los espectadores: «Allá va esto para ustedes.»

—¿Tiene usted grandes calvas para los barbas?

—¡Oh! Disformes; tengo una que me coge desde las narices hasta el colodrillo; bien que ésta la reservo para las grandes solemnidades. Pero aun para diario tengo otras, tales que no se me ve la cara con ellas.

—¿Y los graciosos?

—Esto es lo más fácil: estiraré mucho la pata, daré grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visajes y estupendas contorsiones que alcance, y saldré vestido de arlequín.

—Usted hará furor.

—¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa y se hundirá la casa á aplausos. Y especialmente, en toda clase de papeles, diré directamente al público todos los apartes, monólogos, gracias y parlamentos de intención ó lucimiento que en mi parte se presenten.

—¿Y memoria?

—No es cosa la que tengo; y aun esa no la aprovecho, porque no me gusta el estudio. Además, que eso es cuenta del apuntador. Si se descuida, se le lanza de vez en cuando un par de miradas terribles, como diciendo al público: «¡Ven ustedes qué hombre!»

—Esto es; de modo que el apuntador vaya tirando del papel como de una carreta, y sacándole á usted la relación del cuerpo como una cinta. De esa manera, y hablando él altito, tiene el público el placer de oír á un mismo tiempo dos ejemplares de un mismo papel.

—Sí, señor; y en fin, cuando uno no sabe su relación, se dice cualquier tontería, y el público se la ríe. ¡Es tan guapo el público! ¡Si usted viera!

—Ya sé, ya.

—Vez hay que en una comedia en verso se añada un párrafo en prosa: pues ni se enfada, ni menos lo nota. Así es que no hay nada más común que añadir...

—¡Ya se ve, que hacen muy bien! Pues, señor, usted es cómico, y bueno. ¿Usted ha representado anteriormente?

—¡Vaya! En comedias caseras. He alborotado con el *García* y el *Delincuente honrado*.

—No más, no más; le digo á usted que usted será cómico. Dígame usted, ¿sabrá usted hablar mal de los poetas y despreciarlos, aunque no los entienda; alabar las comedias por el lenguaje, aunque no sepa lo que es, ó por el verso más que no entienda siquiera lo que es prosa?

—¿Pues no tengo de saber, señor? Eso lo hace cualquiera.

—¿Sabrá usted quejarse amargamente, y entablar una querrela criminal contra el primero que se atreva á decir en letras de molde que usted no lo hace todas las noches sobresalientemente? ¿Sabrá usted decir de los periodistas que quién son ellos para?..

—Vaya si sabré; precisamente ese es el tema nuestro de todos los días. Mande usted otra cosa.

Al llegar aquí no pude ya contener mi gozo por más tiempo, y arrojándome en los brazos de mi recomendado, «Venga usted acá, mancebo generoso —exclamé, todo alborozado;— venga usted acá, flor y nata de la andante comiquería: usted ha nacido en este siglo de hierro de nuestra gloria dramática para renovar aquel siglo de oro, en que sólo comían los hombres bellotas y pacían á su libertad por los bosques, sin la distinción del tuyo y del mío. Usted será cómico, en fin, ó se han de olvidar las reglas que hoy rigen en el ejercicio.»

Diciendo estas y otras razones, despedí á mi candidato, prometiéndole las más eficaces recomendaciones.

## LA RECOLECCIÓN DE LA SAL.

Una de las recolecciones más interesantes en las costas de Francia es sin ninguna clase de duda la de la sal marina, y también es la más ignorada del público, por la razón de que las salinas están en sitios pantanosos y por lo regular sin interés desde el pun-



Retrato de Victoria Stanley,  
obra de Juan Salvador Sargent

to de vista pintoresco para atraer al excursionista. En el litoral Mediterráneo es donde son más importantes estas recolecciones de sal, y las salinas del Mediodía de Francia se distinguen de las del Océano en que la recolección de la sal blanca granulada, que la usa hoy todo el mundo, no se hace más que una vez al año, mientras que en las costas del Vendée y de Bretaña se recoge casi diariamente la sal gris, que era la única que se conocía antes en París.

Muchos creen que la fabricación de la sal es una cosa tan sumamente fácil que no hay más que dejar á la naturaleza que la produzca con el efecto del sol en la evaporación; y esto desde luego podemos afirmar que es un error, pues para la fabricación de la sal se necesita hacer algunas operaciones delicadas, si es que se desea presentar una sal que sea aceptable en el mercado.

En el litoral del Mediterráneo marca el agua de mar, fuente principal de esta riqueza, 35° en el aerómetro Baumé; más sencillo aún: cada litro de agua de mar contiene unos 30 gramos de cloruro de sodio ó sal ordinaria, y si sometemos esta agua á una especie de evaporación, llegaremos, como es natural, á un punto en que la cantidad de agua restante no contendrá ya en disolución todas las materias salinas y esta agua marcará 25° en el aerómetro Baumé, porque la sal que contiene empieza ya á posarse. Continuando la evaporación aumentará el grado de temperatura del agua é irá depositando la sal hasta llegar á los 31 ó 32°. Al llegar aquí empieza la precipitación de una de las numerosas materias que contiene el agua de mar. La sal más pura se irá depositando por lo tanto á partir de los 25 hasta los 27 ó 28°. La que se obtiene de los 28 á los 31 ó 32° es ya una sal que contiene más magnesia y por lo tanto menos conveniente para ciertos usos. Es decir, que la fabricación de la sal consiste en poner el agua de mar en los cuadros de tierra llamados salinas á la densidad de 25° y no dejarla que pase de los 32°.

Estas salinas están divididas por lo regular en dos

partes principales: las particiones bajas y las mesetas saladoras ó cristalizadoras. Las particiones bajas son unos recipientes de alguna profundidad donde se guardan las aguas del mar, ya sean nuevas ó las sobrantes de la anterior recolección.

Vienen después las particiones exteriores, ó sea una sucesión de cuadros de unos 100 metros de lado por 20 ó 30 centímetros de profundidad, dispuestos los unos á continuación de los otros, cuya pendiente va bajando constantemente y donde las aguas trabajadas por la evaporación pasan del grado que tiene el agua de mar á 13 ó 14°. Estas aguas pasan después por la pendiente natural ó se elevan por medio de máquinas especiales á las superficies llamadas particiones interiores, dispuestos del mismo modo que los anteriores, y donde el grado primitivo del agua se transforma convenientemente por medio de la saturación, llegando á 24 ó 25°. Una vez llegadas las aguas á este período, sirven para guarnecer las partes de la salina donde se forma el depósito de la sal, y son las mesetas saladoras ó cristalizadoras donde á los 25° empieza á precipitarse el cloruro de sodio. No hay necesidad, como creen algunos, que esta capa de agua se evapore por completo, pues de este modo no se conseguiría nada más que un manto de sal muy delgado, porque al extenderse el agua por los cristalizadores no tiene más que 15 ó 20 centímetros de altura, y además el último período de evaporación de esta agua daría productos impuros. Conviene, por lo tanto, mantener el nivel de estas aguas añadiendo otras nuevas saturadas. Este trabajo dura unos sesenta días próximamente, y entonces en las condiciones normales de la capa se deposita la sal sólida sobre un suelo de estructura particular que ha recibido el nombre de fieltro y que tiene unos 40 milímetros de espesor próximamente. Y con esto ya hemos llegado á la operación interesante de la recolección. Comprende ésta dos partes muy distintas: el amontonamiento y el acarreo. La primera consiste en despegar la sal del suelo formando montones de forma cónica de 1'50 á 1'80 metros de altura. Los trabajadores que ejecutan esta operación están provistos de una herramienta llamada «palón», que tiene la forma de una plana cuadrada y cortante por su extremidad. Esta pala la meten entre la sal y suelo, y sirve para despegar la capa, que á veces es espesa y dura, y por lo tanto muy pesada.

Cada obrero levanta un cuadrado de ocho á diez metros de lado, que viene á formar un cono de cuatro á cinco metros cúbicos próximamente. No hay nada más pintoresco que ver á estos centenares de trabajadores bajo el cielo azul de Provenza y el ardiente sol del Mediodía ocupados en las diferentes faenas de la recolección de la sal. Es un espectáculo verdaderamente hermoso, porque aquellos montones cónicos de sal se asemejan desde lejos á las tiendas de un campamento de soldados; y si de día es bonito, en las noches de luna resulta mucho más interesante y fantástico.

La sal no la pueden dejar mucho tiempo amontonada en el sitio de la cristalización, porque con la proximidad de los cuadros donde está el agua y con las lluvias de octubre, no tardaría mucho tiempo en desaparecer; así es que ocho ó diez días después de haberla amontonado, proceden las cuadrillas de 20 á 40 hombres á transportarla á los depósitos del país por medio de carretillas y de otros medios modernos que se han introducido recientemente. Estos obreros trabajan á destajo y vienen á ganar de 6'50 á 8 francos por día. El acarreo de la sal á los depósitos es una operación bastante complicada que requiere preparación previa para establecer el camino artificial por donde van las carretillas; y esto lo hace el jefe ó capataz de cuadrilla, ahorrando á sus hombres 1/3 de trabajo cuando la instalación queda bien hecha. Este trabajo de la recolección de la sal es muy penoso, porque se hace en los meses de agosto y septiembre, que en las costas del Mediterráneo son calurosos.

Hay otro sistema de acarreo mucho más moderno, que se va generalizando bastante á causa del aumento de tranvías, de la fuerza eléctrica y de otros medios mecánicos. Con este sistema se puede reducir aún la mano de obra, y muchas salinas lo han adoptado sin vacilar. Por medio de una tela sin fin, que gira con velocidad variable según la pendiente y según el peso, se sube la sal á la altura conveniente, y de este modo siempre queda más limpia que por el sistema antiguo de las carretillas. Con la aplicación gradual de la energía eléctrica se irá generalizando este modo de trabajo y lo adoptarán todas las salinas del litoral del Mediterráneo.



Canal cercado de estacas que pone en comunicación el mar con las salinas



Transporte de la sal en carretillas desde la era salante á los camellos ó montones



Vista de los camellos ó montones en formación  
RECOLECCIÓN DE LA SAL EN LAS SALINAS DEL MEDIODÍA DE FRANCIA. (Fotografías de Carlos Trampus.)

## S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN AFRICA. (Fotografías de L. Martínez de Escauriaza.)

El problema de Marruecos reviste desde hace algunos años capital importancia para la política española.

que lleve á los vírgenes campos mogrebinos los cimientos de la moderna civilización.

Son aquellos que cansados de sufrir el abandono en que los tiene su sultán, dado el estado de anarquía que reina en el Imperio y los atropellos de que son víctimas, buscan en la vecina España el amparo que necesitan sus vidas y haciendas.

Dada la expresiva manifestación de simpatía que nuestros vecinos han dado al rey de España, es de creer que nuestra política colonial tomará nuevas orientaciones, y los ferrocarriles y caminos vecinales, la electricidad, el telégrafo, el teléfono y las potentes máquinas industriales arrancarán del suelo las riquezas que esconde aquella tierra.

El rey de España ha vislumbrado algo de esto, según lo demuestra el hecho de que antes de venir á las tierras africanas revistió la brigada de cazadores que se halla en el campo de Gibraltar, y al contemplar aquellos batallones inició al general Linares la conveniencia de situar más tropas en dicho territorio, eminentemente estratégico.

Ha comprendido S. M. el rey que se necesita un núcleo de fuerzas en el campo de Gibraltar que pueda al menor aviso constituir la extrema vanguardia de un ejército de ocupación que se sitúe en Marruecos, si no, por ahora, en son de guerra, al menos para proteger las obras civilizadoras que España emprenda en el Mogreb.

Nuestro augusto monarca al salir de Ceuta, la gloriosa *Medina Sebta* de la antigüedad, lleva este reotipadas en su mente dos gratísimas impresiones: la cariñosa adhesión que le han demostrado los moros de las vecinas tribus, y el admirable estado de



S. M. rodeado de las cabilas y moros notables que acudieron á rendirle homenaje en Ceuta.

No obstante la torpeza de la comisión que trazó los límites de España con el Mogreb, después del tratado de Wad Ras, se ha dado el caso, que puede enorgullecer á los españoles, de que miles de moros montaraces, pertenecientes á los aduares del Biuts, Beliunez, Almarsa, El-Jemis, Dscisa, Haus, Bem-Sala, Bulai-Chichich y otros, asentados desde los límites fronterizos de Ceuta á Tetuán y Tánger, noticiosos de que el monarca de España iba á visitar la plaza de Ceuta, acudieran á rendir homenaje al soberano español y á pedirle disponga la construcción de un ferrocarril y una carretera á Tetuán; que les permita á varios de ellos viajar por España para de-

Las grandes empresas pesqueras escalarán sus artes en los mares marroquíes, y las playas africanas prestarán hospitalaria acogida á las grandes fábricas que se establecerán.

Nuestras tropas cruzarán los campos africanos en son de penetración pacífica y civilizadora, no en son de conquista destructora por el estruendo de las armas, sí de conquista humanitaria y proteccionista.

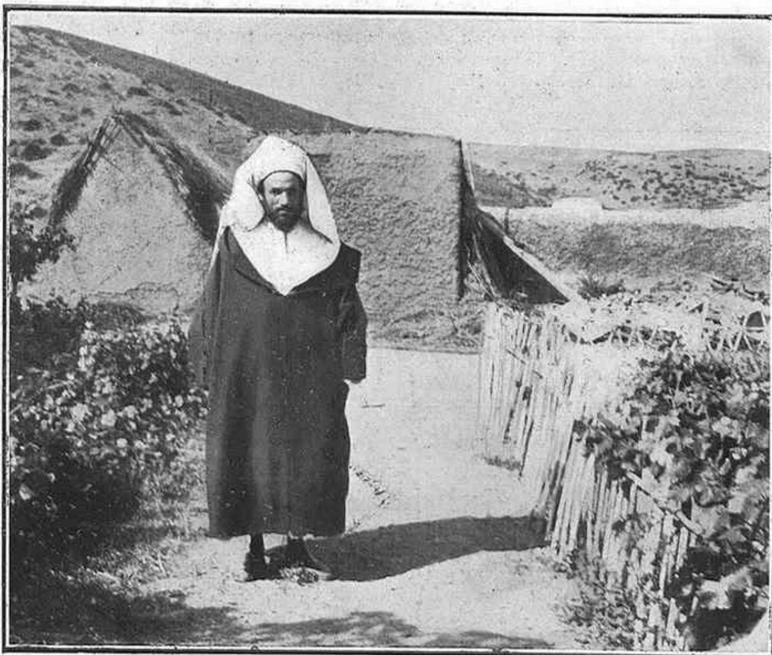
Penetrarán en el Mogreb nuestros viajantes de comercio, substituyendo con los productos españoles elaborados con arreglo á las costumbres y tradiciones de los ma-

instrucción de las fuerzas que guarnecen la plaza que por sus excelentes é imponderables condiciones estratégicas debiera ser considerada como una de las de primer orden.

No tuvo D. Alfonso tiempo para hacer una detenida visita á las fortificaciones de la plaza, bien conocidas del general Linares, tan amante como el que más de la defensa de nuestras costas; pero es de creer que su S. M. el rey, con su excelente golpe de vista militar, tendrá estudiado el plan de fortificación que á Ceuta es indispensable, y en no lejano plazo, si no puede más la política que el interés de la integridad nacional, la arcaica *Abyla* llegará á



D. Alfonso XIII en la gran revista militar celebrada en Ceuta.



Sidi Mahomed Saidi, gobernador de la línea fronteriza en Ceuta, que presentó á las comisiones moras ante S. M.

mostrar que los hijos del Islam saben asimilarse todo lo bueno y progresivo de los cristianos.

Estos mismos moros, sucesores de aquellos que pelearon por defender su territorio en la gloriosa guerra del 1860, son los que han rodeado á Su Majestad D. Alfonso XIII frente á la Mezquita, y afanándose por besar sus manos, hanle pedido también

roquies, á los que hoy se venden como fabricados en el extenso territorio de Muley El-Hafid y no son más que imitaciones originarias de Ger-

ocupar el rango que le corresponde entre las plazas de guerra.—LUIS MARTÍNEZ DE ESCAURIAZA.



Moros tiradores del Riff desfilando ante S. M.

ACTUALIDADES EXTRANJERAS.—LA BATALLA ELECTORAL EN ITALIA

La huelga de los telegrafistas de París

Durante algunos días ha sido objeto de preocupación para el pueblo italiano el resultado de las elecciones del Parlamento Tomás Vila, que representaba el distrito de París, cuando se celebraron en el mes de octubre de 1865, ocurriendo lo mismo á otros no menos prestigiosos políticos. En cambio, se dará el caso de que por primera vez formará parte del Parlamento italiano el sacerdote Rómulo Murri, que á pesar de la oposición de que ha sido objeto, ha resultado victorioso por un considerable número de votos de los socialistas, de manera que figurará en el grupo de la extrema izquierda. Extraordinaria significación reviste el triunfo del sacerdote católico, ya que parece señalar nuevos rumbos á un partido que ha logrado contar con 106 diputados en el Parlamento, ó sea 42 más que en la anterior legislatura. Esta ventaja, que constituye una fuerza positiva, ha de manifestarse en breve, por cuyo motivo cree

mos que la próxima legislatura ha de ofrecer novedades en la marcha política del reino de Italia.



Sacerdote socialista saliendo de un colegio electoral  
(De fotografía de Carlos Abeniacar.)

ciones á diputados que acaban de celebrarse en aquel país, absorbiendo gran parte de sus energías. Y cuenta que, dadas las encontradas tendencias que se exteriorizan en la política de aquel reino, tenía razón de ser el ansia por todos experimentada por conocer el bando que alcanzaría mayor victoria.

Con lo expuesto se comprenderá la intensidad de la lucha, la suma de esfuerzos y medios puestos en juego por todos los partidos militantes y la importancia que necesariamente había de representar el triunfo que se obtuviera. No hay que olvidar que sobre todos los matices que en esa gradación ofrecen los ideales políticos, destacábanse en primer término las dos tendencias antagónicas, representadas por los llamados católicos y los avanzados ó radicales. Unos y otros han experimentado grandes decepciones y sorpresas, pues el afán del triunfo, el calor de la lucha, no ha respetado servicios y reputaciones,

mismo distrito electoral desde el mes de octubre de 1865, ocurriendo lo mismo á otros no menos prestigiosos políticos.

En cambio, se dará el caso de que por primera vez formará parte del Parlamento italiano el sacerdote Rómulo Murri, que á pesar de la oposición de que ha sido objeto, ha resultado victorioso por un considerable número de votos de los socialistas, de manera que figurará en el grupo de la extrema izquierda. Extraordinaria significación reviste el triunfo del sacerdote católico, ya que parece señalar nuevos rumbos á un partido que ha logrado contar con 106 diputados en el Parlamento, ó sea 42 más que en la anterior legislatura.

Esta ventaja, que constituye una fuerza positiva, ha de manifestarse en breve, por cuyo motivo cree



París.—La huelga de los telegrafistas. Manifestación ante la central de la calle Grenelle  
(De fotografía de M. Branger.)

LA HUELGA

DE LOS TELEGRAFISTAS DE PARÍS

Caracteres de suma gravedad reviste la huelga promovida por los telegrafistas de París, pues no pueden desconocerse los inmensos perjuicios que puede ocasionar, con mayor motivo cuando se intenta por los iniciadores que la secunden los empleados de los demás servicios de comunicaciones.



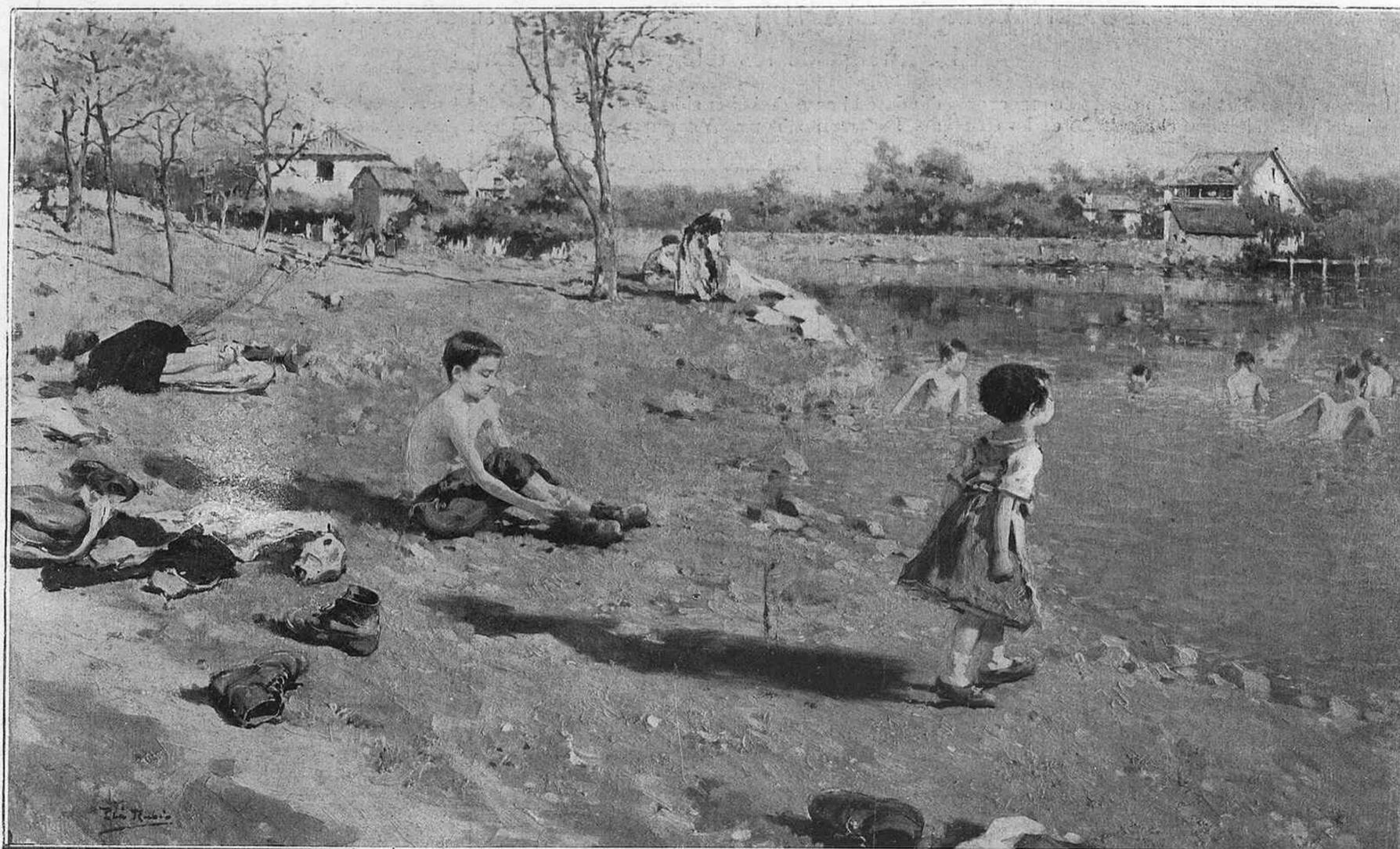
El sacerdote Rómulo Murri, elegido diputado por el partido socialista (De fotografía de R. Fiorilli.)

La causa inicial de tan perturbadora situación debiese, según se desprende de las noticias publicadas por la prensa parisiense, á ciertas medidas adoptadas por el director general de Telégrafos Sr. Simyan y á la suspensión de diez y ocho telegrafistas por haber sido los primeros en protestar de las disposiciones, tal vez arbitrarias ó asaz rigurosas, adoptadas por el citado director.

El conflicto manifestóse en toda su gravedad en las primeras horas de la tarde del día 13 del corriente, con motivo de haberse intentado imponer un correctivo al telegrafista M. Thibaut por insultos inferidos á un compañero no adherido á la general protesta. En el acto dejaron de manipular en sus aparatos mil doscientos empleados, y si bien no abandonaron sus puestos, su inactividad produjo iguales resultados, ya que no se daba curso á los telegramas.

Acudió la policía al despacho central de la calle Grenelle con el objeto de evitar coacciones y atropellos, sin que haya sido necesario hasta ahora su auxilio, pues los huelguistas continúan en su perjudicial pasividad, siendo imposible á los demás telegrafistas suplir el trabajo de los revoltosos, acumulándose los despachos y aumentando la gravedad de la situación y la trascendencia de los perjuicios que experimenta el público.

Al escribir estos renglones no se tiene noticia de que se haya solucionado el conflicto, pues los huelguistas exigen la destitución del Sr. Simyan, cuya condición no creemos acepte el gobierno de la vecina nación, dado el precedente que sentaría, no alcanzando á adivinar la forma en que podrá darse término á tal situación, que puede agravarse si llegan á secundar la huelga los empleados de correos y telégrafos.



EN LA RIBERA, cuadro de Alberto Plá y Rubio  
(Exposición Miralles.)



EN LA FERIA, cuadro de J. Navarro  
(Exposición Miralles.)



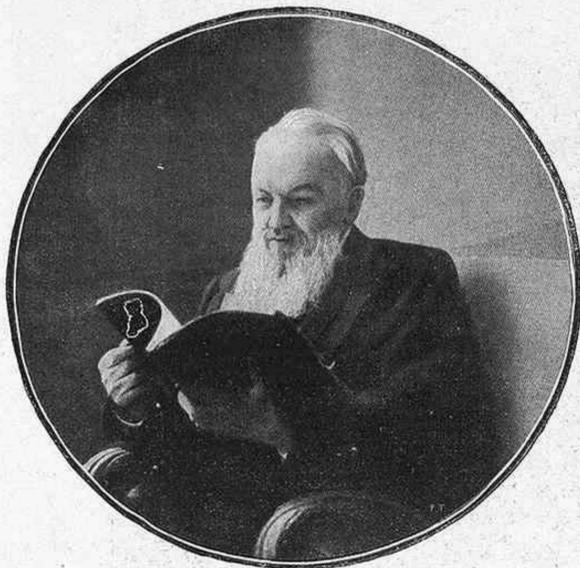
EN LA SIERRA DEL GUADARRAMA, fragmento del cuadro de Jaime Morera

(Propiedad de D. L. Sainz, de Madrid.)

EL PERIODISTA RUSO ALEJO SUVORINE

Acaba de celebrar en San Petersburgo el cincuentenario de su ingreso en el periodismo el respetable director del *Novoié Vremia* y decano de la prensa rusa Sr. Alejo Suvorine, quien ha llenado cumplida y honrosamente su misión durante un largo período de tiempo, según manifiestan sus colegas, mereciendo por lo tanto la general consideración.

Dió comienzo á su carrera como corrector de uno de los más importantes periódicos de la capital de su patria, hallando pronto medio para dar á conocer sus excepcionales condiciones, de suerte que á los veinticinco años ya se consideraba como uno de los más distinguidos é inteligentes periodistas. Una circunstancia inesperada le favoreció para llegar á merecer tan lisonjero concepto. Parece ser que cayó enfermo uno de los más distinguidos colaboradores del periódico *Vedomosti*,



Alejo Suvorine, director del periódico ruso *Novoié Vremia*

de San Petersburgo, habiéndose recibido la noticia en la redacción á hora muy avanzada, produciendo un verdadero trastorno, ya que no había medio para substituir el artículo del colaborador. Suvorine ofrecióse á escribir las cuartillas, y el trabajo improvisado por el improvisado redactor fué de tal importancia, que obtuvo un éxito verdaderamente extraordinario. En vista de tal resultado se le confió la redacción del folletín quincenal, que comenzó á firmar con el seudónimo «El desconocido,» adquiriendo notoria celebridad.

En completa actividad periodística, publicó notables trabajos, repetidas censuras contra los hombres de gobierno y de la administración, provocando odios y enemistades que á la postre le ocasionaron hondos pesares, ya que se le procesó y hasta llegó á privársele de la libertad. No desmayó, sin embargo, el animoso periodista, y á pesar de habersele obligado á separarse de la redacción del periódico y confiscado sus obras, siguió luchando contra la adversidad y sus enemigos, hasta que en 1876, gracias al concurso de sus amigos y admiradores, se convirtió en propietario del periódico *Novoié Vremia*, que llevaba una vida lánguida y por lo tanto muy distinta de la que antes alcanzara. Pronto pudo apreciar el público los beneficios de la enérgica é inteligente dirección del insigne periodista, volviendo el *Novoié Vremia* á convertirse en uno de los periódicos rusos de mayor circulación.

Su nombre figura entre los de los autores dramáticos más aplaudidos y celebrados, y como editor ha prestado señalados servicios á las letras y á la cultura de su patria, dando á conocer las obras maestras por medio de buenas y económicas ediciones, al alcance de todas las clases sociales.

LA MILLONARIA  
- MIS SILVIA GREEN

Mis Silvia Green, hija del célebre millonario Hetty Green, es la mujer que posee mayor fortuna, puesto que tiene cincuenta millones de dólares, por cual motivo ha creído poder elegir por esposo quien á su juicio reuniese las condiciones que apetecía. El Sr. Matheu Astor Vilks, de Menistown, ha sido el favorecido. Cuenta sesenta y cinco años de edad y pertenece al cuerpo diplomático de los Estados Unidos del Norte de América. Nuestro grabado reproduce los retratos de Mis Silvia, de su madre y de su esposo.



La millonaria yanqui Mis Silvia Green, su madre y su esposo. (De fotografía de Carlos Delius.)

EN LA FERIA,  
CUADRO DE JOSÉ NAVARRO  
(Exposición Miralles.)

Al examinar el cuadro á que nos referimos, asalta el recuerdo de las obras del pintor reusense Baldomero Galofre. Mucha semejanza tiene la labor de los dos artistas. Navarro, como el que fué amigo querido nuestro, escoge asuntos, cuadros y tipos de aquella España pintoresca, brillante y sonriente, avaluándolos con todos los encantos del color y de la forma y amasando en la paleta esas ricas tonalidades que recuerdan épocas y costumbres que van pasando y que pintores de las circunstancias del valenciano Navarro representan con señalado buen gusto y exquisita habilidad.

EN LA  
SIERRA DEL GUADARRAMA,  
CUADRO DE JAIME MORERA

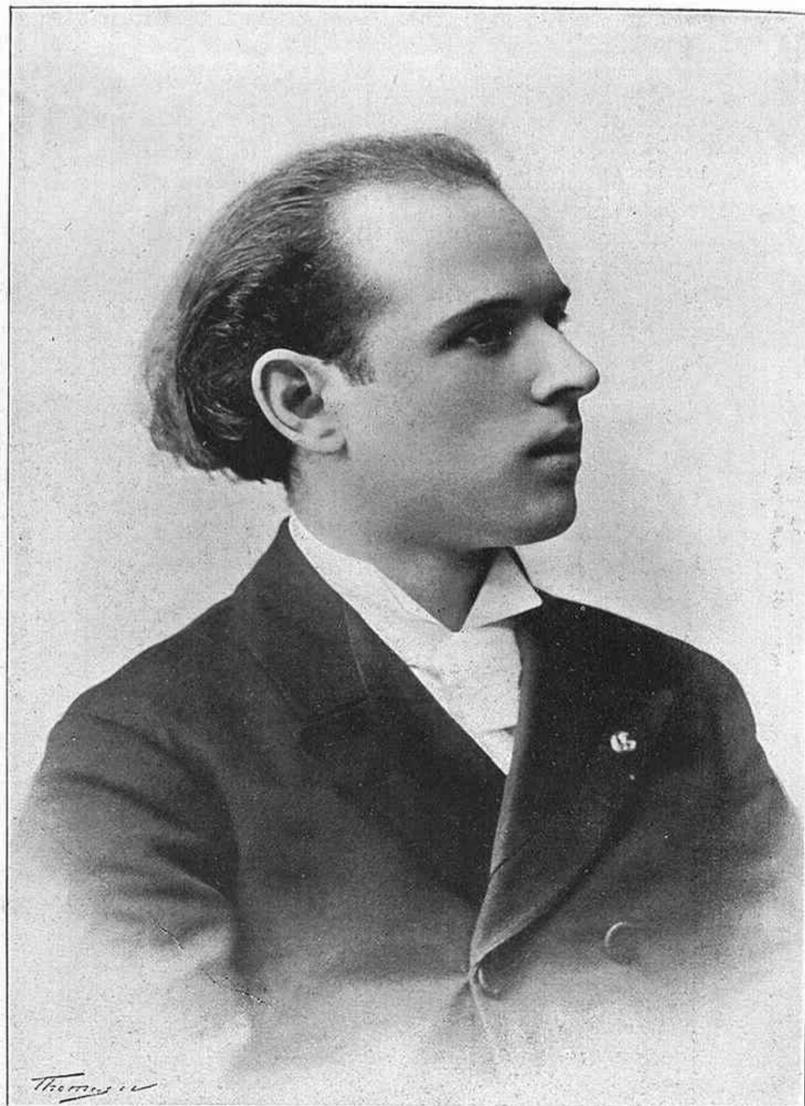
Discípulo del insigne Carlos Haës, es Jaime Morera uno de los paisajistas españoles de mayores méritos. Al igual que su maestro, se ha dedicado por completo al cultivo de este difícil género de pintura, logrando singularizarse y distinguirse. Establecido en Madrid, ha hallado en la sierra del Guadarrama temas ó asuntos para sus cuadros, representándola en la aspereza de sus cumbres, en sus accidentadas laderas y en sus pintorescos valles, cubiertos de nieve ó con el verdor de sus jaras. Morera es un á modo de cantor del Guadarrama. Sus más celebrados lienzos reproducen en todos sus variados aspectos. En ellos ha demostrado su maestría y su habilidad como colorista, representando todos los colores de las múltiples tonalidades que la naturaleza ofrece. Algunas de tales producciones han reportado al artista señalados triunfos, y muchas han merecido el aplauso de las revistas profesionales del extranjero. Para que nuestros lectores puedan apreciar los méritos del artista, reproducimos *En la sierra del Guadarrama*, que forma parte de la colección del Sr. Sainz, en el cual sobre el fondo de la nevada montaña, destácase el interesante grupo de las infelices leñadoras, que al calor de la lumbre procuran reaccionar sus ateridos cuerpos, constituyendo una nota real y sentida é inteligentemente observada.

El nombre de Jaime Morera es ventajosamente conocido, así en nuestra patria como en el extranjero, como uno de los primeros paisajistas españoles, y en tal concepto damos á conocer una de sus obras y le dedicamos estos renglones como tributo de justa consideración.

EL MAESTRO  
D. PABLO CASALS

La fama adquirida como eminente violoncelista por Pablo Casals acrecentóse en la noche del día 18 del actual, puesto que pudo asignársele otro mérito por su competencia como director, con motivo del concierto que en dicha velada tuvo lugar en el Gran Teatro del Liceo de esta ciudad. Quien, como nuestro paisano, ha podido llamar la atención de los inteligentes de las capitales del extranjero, mereciendo distinciones de los soberanos y de los maestros, y ha sido festejado por el público, consecuente admirador de su competencia, bien podía aspirar á dirigir los conjuntos orquestales y atribuírsele las condiciones que poseen aquellos cuyo nombre lleva consigo el concepto de maestría. Así lo confirmó el público que llenaba el coliseo con sus repetidos aplausos, así lo demostraron las manifestaciones de simpatía y consideración que le tributaron al artista, cuyos méritos y circunstancias igualan á su modestia.

Las piezas que bajo su dirección ejecutó la orquesta de la Asociación Musical fueron la *Sexta sinfonía* de Manuel Moór, una *Suite* de Enesco, un *Preludio* de Hure, una *Balada* de



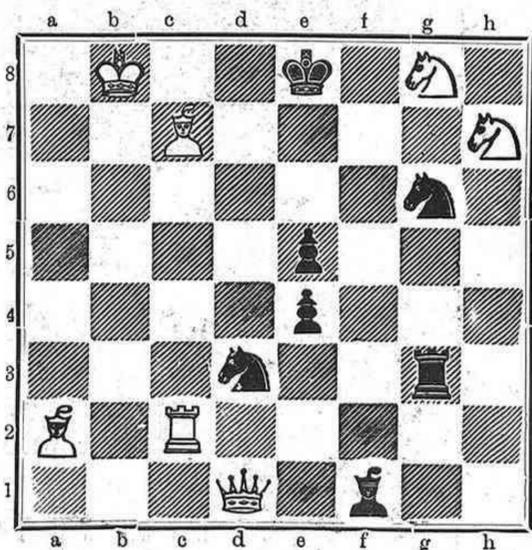
El eminente violoncelista catalán D. Pablo Casals, que ha dirigido con gran aplauso la orquesta de la «Asociación Musical de Barcelona» en un concierto recientemente dado en el Liceo

Roentgen y un *Concierto* de D'Albert. Asimismo obtuvo grandes aplausos la esposa del Sr. Casals, Guillermina Suggia, interpretando admirablemente la parte de violoncelo del *Concierto* de D'Albert.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 516, POR V. MARÍN

NEGRAS 7 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 515, POR V. MARÍN

- |                 |           |
|-----------------|-----------|
| Blancas.        | Negras.   |
| 1. Dh7-h4       | 1. g5xh4  |
| 2. Te7-e5 jaque | 2. d6xe5  |
| 3. Ae1-b4 jaque | 3. Re5xd4 |
| 4. Ab4-f8 jaque | 4. Rd4-e3 |
| 5. Af8-h6 mate. |           |

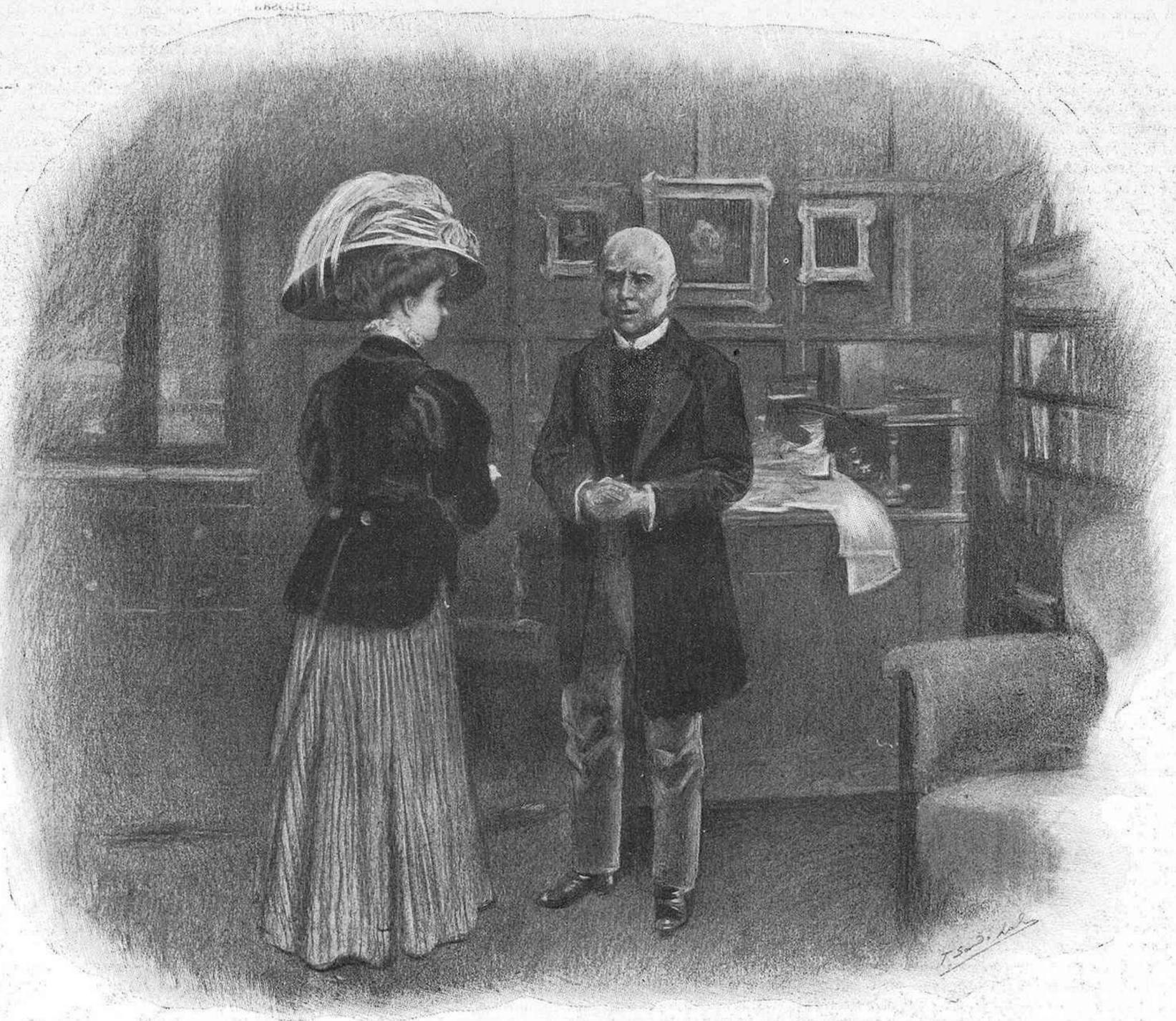
VARIANTES.

1... Ag4xe2 jaq.; 2. Rf1xe2, g5xh4; 3. Ae1-b4 jaq., etc. a2-a1 (D); 2. Dh4xg5, Ag4-f5; 3. Dg5xf5 jaq., etc. Tc8-g8; 2. Dh4-g3, Ag4xe2; 3. Rf1xe2 jaq., etc. Ag4-f5; 2. Ae1-b4j, Re5xd4; 3. Ab4xd6 jaq., etc. Ch8-g6; 2. Dh4xg5j, Cg6-e5; 3. Dg5-c1 jaq., etc. Otra jugada; 2. Dh4xg5 jaq., ó g3, ó Ae1-b4 jaq., etc.

# LADRÓN DE AMOR (I)

NOVELA ORIGINAL DE MARC MARIO.—ILUSTRACIONES DE SARDÁ

(CONTINUACIÓN)



Mlle. Laroche en casa del notario

La sorpresa del comerciante fué grande cuando Jerónimo le anunció:

—El Sr. de Favreuse.

Juana había adivinado que era él, al oír llamar.

El Sr. Laroche, súbitamente furioso, contestó:

—Diga usted á ese soldado que no le quiero recibir y que no tengo nada que decirle.

—No es un soldado, señor, dijo el criado; es el Sr. de Favreuse.

—¡Cómo!.. ¿Va de paisano?

Juana no dijo una palabra.

Su corazón palpitaba con violencia y se le oprimían las sienas dolorosamente.

Sorprendido, el Sr. Laroche quiso saber lo que pasaba, y cambiando en seguida de idea, dijo á Jerónimo:

—Que pase.

Y añadió dirigiéndose á su hija:

—Déjanos solos.

Juana salió del comedor en el momento en que Luciano entraba.

—¿Qué desea usted de mí?, preguntó el Sr. Laro-

che, que se levantó al ver entrar al joven. Me parece que lo que dije á usted en el cuartel del Chateau-d'Eau es formal.

Luciano no se dejó intimidar por esta acogida hostil.

—No puede usted acusarme, Sr. Laroche, contestó él, de haber contrariado hasta aquí sus intenciones. Me hallaba sometido á la disciplina militar, y cuando usted me amenazó con recurrir á otros medios si yo persistía en manifestar á la señorita Juana los sentimientos que abrigaba por ella, me resigné á fin de no irritar á usted y de no provocar una cólera cuyos efectos hubiera ella sentido más que yo. Hoy soy libre, no pertenezco ya al ejército, he sido licenciado por inútil.

—Hoy, las razones que tenía para oponerme al casamiento de mi hija con usted son las mismas que antes, declaró el padre de Juana.

—La acogida que usted acaba de hacerme me lo ha dado á comprender, dijo el hijo de Favreuse. He querido, sin embargo, dar este paso á fin de tener una explicación con usted...

—Me niego á darle otra, declaró perentoriamente el Sr. Laroche.

—Permítame que le hable de otra cosa. Mi pobre padre le quedó á deber doce mil francos.

—No se los reclamo á usted.

—Podría contestar á usted, caballero, que mi amor propio y mi amor filial me prohíben aceptar la condonación de esta deuda, porque esa condonación cambiaría el carácter de la deuda misma, transformando el préstamo hecho á un amigo que tuvo siempre la intención de devolverlo, en una limosna que nunca hubiera aceptado.

—No hablo de limosna, dijo el comerciante. Nunca pedí á su padre de usted el reembolso de esa cantidad.

—Pero mi padre, al morir, me hizo prometer que yo cumpliría con usted y quiero devolverle ese dinero. Comprendo muy bien que si usted me rechaza, es porque hay entre su hija y yo una gran desigualdad de fortuna y quisiera hacerla desaparecer con mi trabajo. Quiero desde luego devolverle lo que mi padre le debía y crearme al mismo tiempo una posición honrosa. En un año lo conseguiré, ahora que soy libre, pues voy á dedicarme con ardor al trabajo.

—Celebro, por la amistad que me unía al señor de Favreuse, verle á usted en tan excelentes disposiciones, contestó el padre de Juana; pero me veo obligado á decirle que eso no hará cambiar en nada mis resoluciones. Tengo sobre todo necesidad de velar por el porvenir de mi hija y de asegurar su felicidad, y no creo que la encuentre nunca en ese matrimonio.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—¿Puedo preguntarle cuáles son los motivos de esos temores?, dijo Luciano.

—Es una impresión personal... Será un presentimiento, si usted quiere... No quiero decir á usted más.

—Sin embargo, usted no tiene nada que reprocharme, Sr. Laroche, á no ser mi carencia de fortuna, dijo entonces el hijo de Favreuse en un tono casi suplicante. Mi familia es honrada; llevo un nombre sin tacha; mi padre fué amigo de usted... Si no he recibido un patrimonio, estoy pronto á constituirlo con mi trabajo, pues me considero bastante inteligente para ello. En fin, desde que conozco á Juana, es decir, desde la infancia, la amo, como usted sabe, y este amor ha penetrado de tal manera en mi corazón, que no habrá poder en el mundo que lo arranque de él.

—No volveré sobre lo que ya dije á mi hija y acabo de repetir á usted, declaró fríamente el Sr. Laroche, que quiso eludir toda explicación. No daré nunca mi consentimiento para ese matrimonio.

Y con un gesto en dirección de la puerta, indicó que la entrevista había durado bastante, cuando de pronto apareció Juana por la otra puerta del comedor.

—¡Padre, exclamó con voz suplicante, escucha!..

Esta aparición, que sorprendió á Luciano de Favreuse y le hizo estremecer de esperanza y de gozo, irritó súbitamente al Sr. Laroche, que gritó encolerizado interrumpiendo á su hija:

—¿Qué vienes á hacer aquí?... ¡Déjanos!

—No; antes tienes que oírme, contestó la muchacha abandonando en seguida el tono de súplica para dar á su vez una firmeza de que se la hubiera creído incapaz. Quiero hablarte delante de Edmundo y quiero pedirte en su presencia que dejes que nuestro matrimonio se realice, ya que, según dices, quieres asegurar mi felicidad.

—¡Jamás!.., dijo el padre con voz sorda.

—¡Jamás!.., exclamó Juana. Pues bien, te repito lo que ya te dije: amo á Edmundo, le amo con todo mi corazón y me casaré con él á pesar de tu voluntad.

—¡A pesar mío!.. ¡Calla, miserable!, exclamó Laroche fuera de sí. ¡Sal de aquí, mala hija.

—El asegurar mi felicidad es cuenta mía, contestó la muchacha arrojando la cólera de su padre, y yo la veo en esta unión y nada más que en esta unión.

—¡Sr. Laroche!.., suplicó el joven, que quiso interponerse ante un gesto amenazador del comerciante.

—Lo que tú preparas es mi desdicha, continuó Juana sin ceder, pues no puedo menos de ser desgraciada si no me caso con la persona que amo. Así es que mi resolución es muy firme. Si no quieres consentir en este matrimonio, me marcharé de esta casa; te lo declaro y verás cómo cumplo mi palabra.

—¡Tú!.. ¿Tú harías eso?... exclamó el padre de Juana con tanto furor como estupefacción.

—Sí, lo haré, contestó la muchacha. Soy mayor de edad. Soy libre. Amo y quiero ser feliz.

—¡Oh, maldita!.., maldita!.., gritó Laroche incapaz de contenerse por más tiempo. Parte, pues, parte; yo te maldigo. Día vendrá en que verás si yo tenía razón, porque todas las desdichas que preveo caerán sobre ti con mi maldición, que llevarás y te acompañará por todas partes.

Juana resistió con firmeza la formidable explosión de la cólera de su padre. El amor que la poseía enteramente y la embriagaba le prestaba fuerzas desconocidas.

Estaba dispuesta á soportarlo todo antes que renunciar al hombre en quien había puesto aquel amor, único objeto de toda su vida.

Dirigió una mirada á Luciano, mirada llena de ternura y de enérgica resolución, y se retiró sin contestar una palabra.

Entonces el joven avanzó un paso hacia el señor Laroche, que parecía anonadado por la vehemencia misma de la cólera que lo había animado.

—Caballero... se aventuró á decir, por favor...

Pero el padre de Juana volvió en seguida de su anonadamiento al oír aquella voz.

—¡Salga usted!.., gritó con voz terrible. ¡Me ha robado usted el amor de mi hija!.. Salga usted, porque no sé de lo que sería yo capaz.

Luciano obedeció.

—¡Oh, miserables!.., añadió el padre de Juana después que le hubo visto desaparecer.

Y se dejó caer en la silla que se encontraba detrás de él, abatido por una espantosa pena.

Pero al oír la puerta de entrada que se cerraba, apoderóse de él una súbita reacción.

—¡No... no es posible!.., dijo para sí levantándose. ¡Juana no puede hacer eso! ¡No es posible!

Corrió en su busca y la encontró en su cuarto,

con el abrigo y el sombrero puestos, pronta á partir.

—¡Juana!, imploró él con lágrimas en la voz y los brazos tendidos. ¡Juana... Juanita mía!.. No, tú no partirás.

—Déjame, contestó la muchacha, tú no me quieres... tú no me has querido nunca.

—¡Yo!.. ¡Ah! ¿Cómo puedes decir eso?... ¡Que no te amo! ¿Pero no comprendes que lo que yo quiero es tu felicidad?

—Lo que deseas es mi desventura. ¿No me has maldecido?

—Me cegó la cólera... Juana, por favor...

—Te he dicho que amo á Edmundo, contestó Juana; ya ves que es preciso que este amor sea muy grande y muy sincero para que ni tu maldición lo quebrante.

—¡Ah! ¡Ese amor... maldito sea!, dijo Laroche con voz sorda.

—¡Adiós!

—¿De modo que partes?

—¿No me has echado?

—¡Quédate, quédate!

—Quiero ser feliz. Te he dicho que amo...

—¡Juana!.., volvió á implorar el padre siguiendo á su hija que se alejaba, ¡Juanita mía!..

Pero Juana no contestó. No volvió siquiera la cabeza, dispuesta á no dejarse retener, resuelta á perseguir á toda costa la realización de aquel amor por el cual hacía tanto tiempo que sufría.

El Sr. Laroche quedó como clavado en el suelo, quebrantado otra vez, como si le arrancasen el corazón, como si se le escapase la vida.

Vaciló y se apoyó en un mueble para no caer.

Sentóse luego en un sillón y miró lentamente en torno suyo, á través de las lágrimas que inundaban sus ojos. Vió aquel cuarto en que cada noche, antes de acostarse, venía á besar á Juana en su cama de cortinas azules salpicadas de florecillas multicolores. Vió todo lo que pertenecía á ella, todo lo que no vivía sino por ella, muebles, cachivaches, mil pequeños objetos diversos que ella tanto quería... su retrato, colgado de la pared, en su marco de felpa con esquinas de plata; alhajas en un cofrecillo abierto sobre la mesita de laca; aquellas alhajas que tanto le gustaban y que había desdeñado al partir, quizá porque eran regalo de él...

Y el infeliz lloró, dejando estallar el dolor que le atormentaba.

Sollozó, abismado, con la cabeza en las manos, sacudido el cuerpo por dolorosos espasmos, extraviada la razón, no sintiendo más que una cosa, la pérdida de aquella hija adorada, para quien había vivido exclusivamente y que una fatal pasión acababa de separar para siempre de él, como un abismo impracticable.

Poco á poco cesó de pensar y permaneció allí largo rato, habiendo perdido la noción del tiempo y hasta la noción de la existencia.

En la casa no se oía ningún movimiento; los criados, asustados y asfijados, se habían retirado silenciosamente á la cocina, no atreviéndose á turbar con su presencia los acontecimientos que deploraban.

Un ruido que se produjo fuera sacó de pronto al padre de Juana de su entorpecimiento.

El hombre se estremeció.

Su espíritu, hasta entonces extraviado, posesionóse nuevamente de sí mismo.

La memoria reapareció, recordándole lo que acababa de pasar.

Exhaló un doloroso suspiro y se levantó.

Procuró luego recuperar sus fuerzas, enjugándose las lágrimas, pasando la mano por su frente abrasada, afirmándose en sus resoluciones.

—¡Desdichada!, murmuró. No has dado crédito á la voz de tu padre... ¡Ah, no, á pesar de todo, no te maldigo, y si hay un Dios que me escucha, le ruego que aparte de ti las desdichas que tu ceguera no puede prever!

El Sr. Laroche salió del cuarto de su hija y pasó á su gabinete de trabajo.

Sobre la mesa, en un marco de plata, bajo un cristal biselado, sus ojos tropezaron con la fotografía de Juana.

—Volverá, pensó, y esperó sobre todo.

No salió en todo el día á fin de encontrarse allí cuando ella volviese, dispuesto á recibirla con los brazos abiertos y á decirle que la amaba como siempre, y dispuesto también á suplicarle de nuevo que renunciase á aquel amor.

Esperó, inocupado, inquieto, impaciente, incapaz de desviar su pensamiento del abrumador y doloroso abandono de su hija.

Vió girar lentamente las manecillas del reloj y declinar el día detrás de los cristales de alegres colores de sus ventanas.

Juana no volvió.

Por la noche, incapaz de tomar el menor alimento, el Sr. Laroche rehusó los servicios habituales de su criado y quiso estar solo.

Ahora, de noche, la partida de Juana le parecía aún más dolorosa.

La casa, sin ella, le parecía espantosamente vacía. El afligido padre la llamaba.

—¡Oh, no comprendes lo mucho que te amo!, decía ante el retrato de su hija que le sonreía. ¡No comprendes que el amor de tu padre es el único verdadero, el único grande, el único que nada puede destruir!..

Por momentos se apoderaban de su espíritu espantosas ideas al pensar en el hombre de quien Juana estaba enamorada, en el hombre por quien ella había abandonado á su padre.

—¡Debí matarlo!.., se decía con un gesto de amenaza. ¡Debí arrojarme sobre él y estrangularlo á fin de que ella no le pudiese amar!

Pero se arrepentía en el acto.

—No, no... Ella le ama demasiado; ella me maldeciría... ¡Ah, maldito amor... maldito amor!..

## X

## ESPERANZA MATERNA

La infeliz, cegada por su amor, había tenido que romper su corazón de hija para encontrar la fuerza de partir.

Dominada por aquella pasión que los obstáculos habían agrandado y exaltado, no veía felicidad posible para ella sino al lado del hombre á quien amaba, y para alcanzarla había aceptado hasta la maldición de su padre.

Juana bajó la escalera sin precipitación, pero también sin vacilación alguna y sin el menor arrepentimiento.

Iba atraída, fascinada, dominada por una fuerza á la cual era incapaz de resistir.

¿Adónde iba?

Hasta entonces no se lo había preguntado. En aquel momento, una resolución se imponía.

Al pasar los umbrales de la casa, pensó en ello.

Al otro lado del bulevar, Luciano de Favreuse esperaba.

Vió á Juana y se sintió empujado hacia ella; pero resistió á aquel movimiento impulsivo.

Un escrúpulo, inspirado más bien por habilidad que por conciencia, lo retuvo. Podían verle, y no quería que pareciese haber hecho presión en el ánimo de Juana para inspirarle aquella determinación.

Pero se alegró.

«Lo que es ahora, es mía...» pensó con un gozo atroz, lleno de deseos apasionados y de concupiscencias criminales.

La siguió de lejos, maniobrando para que ella no le viese.

Juana siguió por el bulevar hacia el mercado de vinos, sin mirar en torno de ella.

A lo largo de la verja del depósito comercial estaban alineados los *fiacres* de una estación de coches.

Subió al primero, cuya portezuela le abrió el auriga al verla llegar.

—¿Adónde vamos, señorita?, preguntó el cochero con la mano puesta en el pomo de cobre.

Juana había encontrado una solución. Se le había ocurrido ir á pedir asilo á un viejo amigo de su familia, el Sr. Verdelet, que había sido el notario de su madre y su testigo de boda, y que era el depositario de su patrimonio materno, compuesto de la dote y de los bienes parafernales de la señora de Laroche.

—Calle de Bonaparte, n.º 45, contestó ella.

El cochero subió al pescante, fustigó á su caballo sacudiendo las riendas y el *fiacre* echó á andar.

Luciano lo había observado todo desde el otro lado del bulevar, medio oculto detrás de un quiosco de periódicos.

Leyó el número pintado en la caja y en los faroles del coche.

«4.615—se dijo.—Esta noche sabré adónde ha ido.»

No quiso seguirla á fin de evitar que le viese, y pensando en lo que podría hacer para adelantar sus asuntos, se hizo indicar en el barrio la dirección de un notario que se proponía consultar á fin de ilustrar á Juana respecto á la tramitación que había de seguir, y á fin también de excitarla á que obrase enérgicamente.

El trayecto, no muy largo, del Mercado de vinos á la calle de Bonaparte, duró escasamente diez minutos. Sin embargo, había parecido más largo que nunca á la muchacha, devorada por la angustia y la impaciencia.

Al llegar, dió una moneda de dos francos al cochero, que le dió las gracias y se felicitó de la ganga de una carrera tan ventajosa, y ella entró en la casa, cuyo vestíbulo tenía las paredes cubiertas de carteles anunciadores de ventas inmobiliarias.

La notaría del Sr. Verdelet ocupaba la planta baja, cerrada por una doble puerta forrada de molesquina verde, y las habitaciones del notario, situadas en el piso superior inmediato, al que se subía por la escalera principal, se comunicaba también con la sala de espera del despacho por una escalerilla de caracol.

Juana entró en la notaría, y dirigiéndose sin vacilar hacia el despacho del primer pasante, que la conocía, le preguntó:

—¿El Sr. Verdelet está aquí?

Su voz no manifestaba alteración alguna; estaba exenta de toda emoción.

—Sí, señorita, está en su despacho, contestó el pasante; puede usted entrar.

—Gracias, dijo la hija de Laroche, que llamó en seguida á la puerta del notario.

Casi al mismo tiempo entró; la contestación no se había hecho esperar.

—¡Oh, qué sorpresa!., exclamó el Sr. Verdelet. ¿Cómo, ¿sola?

El notario de la calle de Bonaparte tenía el aspecto clásico, tantas veces descrito, de sus colegas; ese aire profesional que da la cara con los labios afeitados y patillas cortas y blancas, la doble papada emergiendo de un cuello recto mal planchado, pero sujeto por una ancha corbata de raso negro, y la amplia levita, que constituye en cierto modo el uniforme profesional y obligatorio de los graves y honorables oficiales ministeriales, encargados de presidir las reuniones de herederos, las aperturas de testamento, las firmas de contratos matrimoniales, en una palabra, todas las asambleas familiares puestas bajo la salvaguardia de la ley.

Pero el Sr. Verdelet no llevaba gafas ni lentes; no tomaba rapé como los notarios de *vaudeville*, inseparables de su tabaquera; tenía aversión al tabaco bajo todas sus formas; no era calvo, sino que estaba provisto de una cabellera blanca como sus patillas y cortada á la Bressant; también carecía de esa tendencia á la obesidad que, sin exageración, contribuye quizá á la solemnidad magistral é imponente del personaje.

Mostrábase sencillo y paternal con todos sus clientes, y con mayor motivo con los que eran amigos suyos por añadidura.

Juana se acercó á la mesa, y poniendo su diminuta mano enguantada de negro en la que le tendía el amigo de su familia, contestó:

—Sí, señor..., sola.

El notario notó claramente la vacilación y la tristeza expresadas por la voz que acaba de pronunciar estas palabras.

—¿Qué ocurre, pues, hija mía?.. ¿Qué le pasa á usted?., preguntó el Sr. Verdelet reteniendo la mano de la muchacha y atrayéndola hacia sí al otro lado de la mesa. Vamos, ¿se trata de algo serio, de alguna desgracia?

Entonces Juana echó á llorar, y cuando el paternal anciano la hubo consolado, dijo:

—Me he ido de casa de mi padre... para no volver.

—¿Qué me cuenta?, preguntó el notario. ¿No es posible!.. Explíqueme eso, Juanita... ¿Alguna discusión? ¿Alguna locura? ¿A propósito de qué? Apuesto á que ha sido cuestión de matrimonio... porque ya es usted casadera y me ha dicho más de una vez que no tardaría en recibir esa gran noticia. Vamos, he adivinado, ¿no es cierto?.. ¿Verdad que se trata de un proyecto de boda?

La hija de Laroche se dejó guiar hacia el sillón que el Sr. Verdelet arrojó al suyo, y contestó afirmativamente, con un movimiento de cabeza desde luego, y después en voz baja:

—Sí, señor; de eso se trata... Mi padre quiere impedir que me case con el Sr. de Favreuse, á quien amo desde hace años..., desde mi infancia..., y que también me quiere...

—¿Favreuse?., dijo el notario. ¿El hijo del Sr. de Favreuse, que era amigo de su papá de usted... que se mató el año pasado?

—Sí..., sí... Edmundo carece de fortuna, es verdad, dijo Juana; pero ¿qué importa, puesto que yo soy rica? Es todo lo que mi padre puede reprocharle.

—¿No hay otras razones? Piense usted.

—El Sr. de Favreuse debía dinero á papá.

—Sí, ya sé...

—La madre de Edmundo le engañó, lo reconozco, para pedirle prestada una cantidad que no le devolvió... Esa es la causa de su resentimiento, resentimiento injusto, porque, por culpable que sea la señora de Favreuse, el responsable no puede ser su hijo.

—¿Cree usted que no hay otra cosa?

—Estoy segura.

—Entonces la cosa no es seria. El Sr. Laroche volverá sobre su resolución. Yo iré á verle.

—Será inútil, dijo Juana. Me ha dicho que no consentirá nunca en este matrimonio, y me ha maldecido.

—Vamos, apuesto á que en este momento le tiene á usted los brazos.

—No, no... ¡Ah, si usted le hubiese visto!

—¿Tan grave es la cosa?

—Sí, porque me sublevé y partí, resuelta á prescindir de la voluntad de mi padre.

—¡Oh, oh!., exclamó gravemente el notario en dos tonos distintos.

—Amo á Edmundo de Favreuse con todas mis fuerzas, declaró Juana, y me casaré con él. Nada me hará cambiar de idea.

Durante largo rato el Sr. Verdelet interrogó á la muchacha, la sermonó paternalmente, la exhortó á que le dejase dar un paso cerca de su padre; nada pudo conseguir.

—No, no volveré á casa, afirmó Juana Laroche con una energía de que el antiguo amigo de su madre no le hubiera creído nunca capaz, y he venido á suplicar á usted que se sirva darme hospitalidad, porque, exceptuando á usted, no conozco á nadie á quien poder pedir este favor.

El excelente hombre era incapaz de rechazar á su joven amiga, y se limitó á presentarle las objeciones más juiciosas y prudentes á fin de decidirla á volver al hogar paterno.

Pero Juana nada quiso oír. Su determinación era irrevocable.

—Si no quiere usted recibirme, dijo ella creyendo que se negaba, iré á una casa de refugio á esperar el plazo legal, y practicaré mientras tanto las diligencias necesarias para el casamiento, porque sé muy bien que mi padre se opondrá y yo no desistiré.

El Sr. Verdelet parlamentó todavía un buen rato, pero al fin no tuvo más remedio que ceder y consintió en tener depositada á la hija de su amigo, con la condición, empero, de que iría aquella misma noche á visitar al Sr. Laroche para enterarle de que su hija estaba en su casa.

El notario, viudo desde hacía unos quince años, sin hijos, vivía solo con dos criados, habiendo puesto todo su afecto en su sobrino, huérfano, que hacía educar en un colegio religioso de las cercanías de París.

Hizo disponer para Juana el cuarto que el colegio ocupaba durante sus vacaciones, y tan pronto como hubo comido, se fué al bulevar de San Germán.

En aquel momento, Luciano de Favreuse pasaba por delante de la casa del Sr. Laroche.

Llegó hasta el quiosco de la estación de *fiacres* de la calle de los Fosos de San Bernardo, y dirigiéndose al guardia de orden público le dijo:

—Usted dispense, vengo á ver si el cochero del *fiacre* 4.615, que condujo esta tarde una señora, encontró una llave en el coche. La señora en cuestión tomó aquí el carruaje y cree haber perdido esa llave en el trayecto al sacar su portamonedas del bolsillo.

—4.615, dijo el guardia consultando su hoja. Precisamente está en el punto.

—¡Ah, mejor!.. A menos que, si encontró esa llave, no la haya llevado á la prefectura. No se la podría recuperar entonces hasta mañana, y para entrar en su casa, esa señora tendría que recurrir á un cerrajero; para evitarlo, he venido en seguida.

—Vamos á verlo.

El guardia acompañó al joven para ver al cochero, que charlaba con sus camaradas, y le comunicó la reclamación.

—Sí, me acuerdo de la señora, dijo el auriga del 4.615; la conduje á la calle de Bonaparte; una carrera muy corta; pero no vi llave ni nada en el coche.

El informe deseado por Luciano resultaba incompleto, así es que siguió preguntando:

—¿Quién sabe si se le cayó en la calle en el momento de apearse del coche?

—No creo, dijo el cochero. Yo lo hubiera oído.

—¿O en la casa donde entró?

—¿No preguntó al portero? ¿No buscó?..

—No notó la pérdida hasta regresar á su casa y no pensó más que en el coche. Pero voy á ver yo mismo si la encuentro en esa casa. ¿Qué número?

—No recuerdo exactamente el número, contestó el cochero. Desde entonces he hecho tres carreras, pero es cerca de la calle de Jacob, á mano derecha, yendo hacia el Sena. Una casa donde hay un notario; no tiene pérdida.

—Sí, gracias, ya la encontraré, contestó Luciano, que saludó al guardia y se alejó.

El paso dado por el Sr. Verdelet cerca del padre de Juana produjo en éste una irritación que el notario, animado de las mejores intenciones, no había podido prever.

Cuando Laroche supo lo que su hija había hecho, comprendió que no volvería sobre su determinación.

Entonces, el dolor causado por la partida de Juana cedió el puesto á un despecho furioso, á una cólera que tuvo apenas la fuerza de contener.

Escuchó al Sr. Verdelet, sin interrumpirle más que con monosílabos enérgicos:

—¡No!.. ¡Jamás!.. ¡No!..

Nada quería oír; se mostró irreductible.

—Ese matrimonio será la desgracia de mi hija, declaró como conclusión. Hice todo lo posible para impedirlo... Se lo he dicho... No ha querido escucharme, peor para ella... Que prescinda de mi consentimiento, puesto que es mayor de edad, puesto que la ley se lo permite...

El notario trató aún de conciliar y calmar á su amigo.

—No, no, se acabó, interrumpió resueltamente el comerciante. Dígaselo usted á Juana... Dígale usted que se acabó para siempre... Dígale que haga lo que quiera, pero tenga entendido que su padre no existe para ella..., que es como si su padre hubiese muerto. ¡Como si hubiese muerto, sí!..

Y como el Sr. Verdelet insistiese aún, Laroche se levantó y le dijo empujándole amistosamente hacia la puerta:

—No crea usted que yo guardo para usted el menor resentimiento. Me alegro de saber que Juana está en su casa... y le agradezco lo que hace por ella. Pero, créame, todo lo que usted intente será inútil. ¡Adiós!.. Déjeme usted... Sufro demasiado... Todo eso me desgarrá el corazón... ¡Adiós!.., adiós!..

Abrió él mismo la puerta, dando un apretón de mano á su amigo, á fin de abreviar el final de aquella escena que hacía revivir sus más crueles dolores.

El Sr. Verdelet se retiró muy apesadumbrado, con el alma presa de una desolación profunda, entre aquel padre y aquella hija á quienes quería por igual y á quienes hubiera querido reconciliar.

Regresó lentamente á su casa, no atreviéndose á dar cuenta á Juana del triste resultado de su intervención.

Por fin, cuando le refirió la entrevista, la muchacha le contestó:

—Ya se lo había dicho á usted. Odia á Edmundo, en quien hace recaer la animadversión que abrigó contra sus padres.

—Entonces, ¿qué quiere usted hacer, pobre hija mía?, preguntó el notario.

Un campanillazo cortó la palabra á Juana, que iba á contestar:

El criado abrió, y desde el salón Juana oyó y reconoció la voz de Luciano que preguntaba:

—¿Está en casa el Sr. de Verdelet? Necesito verle en el acto para un asunto muy serio.

—¡Es él!., dijo Juana con sorpresa.

El notario la miró con asombro.

—¡Edmundo!.. ¡Edmundo de Favreuse!., explicó la muchacha, sin que se le ocurriese siquiera preguntarse cómo el hombre amado sabía ya que ella se encontraba en casa de aquel amigo.

Luciano había reflexionado rápidamente.

Juana había ido á casa de un notario á quien conocía sin duda, probablemente amigo de su familia; iba á exponerle su situación y á preguntarle qué debía hacer.

Pero el notario, hombre grave, conciliador ante todo, procuraría seguramente hacer que se sometiese y se reconciliase con su padre.

Tratábase de obrar enérgicamente y sin pérdida de tiempo, á fin de tomar la posición de una manera decisiva.

El miserable tuvo entonces una inspiración llena de habilidad.

Lo que iba á hacer vencería las últimas indecisiones de Juana, si acaso ésta aún tuviese alguna.

No tenía ahora ninguna aprensión; ni siquiera le embarazaba la usurpación del nombre que había tomado.

Presentóse, pues.

El Sr. de Verdelet se adelantó á recibirlo, abriendo la puerta del salón.

Luciano saludó.

Vió á Juana en medio de la estancia.

—Soy el Sr. de Favreuse, dijo.

—Pase usted, caballero, contestó el notario.

Una vez cerrada la puerta, Luciano añadió:

—Usted dispense, señor notario, que me presente en este momento...

Dicho esto, dió la mano á Juana.

(Se continuará.)

## LOS RESTOS DEL TENIENTE D. JACINTO RUIZ

Los restos de los heroicos oficiales de artillería Daoiz y Velarde, que atentos al cumplimiento de su



El teniente D. Jacinto Ruiz

Uno de los defensores del Parque de Madrid el 2 de mayo de 1808, cuadro de Mariano Benlliure

deber y alentados por su amor á la patria, sucumbieron el 2 de mayo de 1808, defendiendo el Parque de Monteleón, en la coronada villa, contra las huestes napoleónicas, reposan en un monumento que sintetiza el justo tributo que rinde un pueblo á sus héroes y que glorifica su memoria. Mas el valeroso esfuerzo del teniente de infantería D. Jacinto Ruiz, que al frente de un pelotón de soldados coadyuvó á la defensa y que compartió con sus compañeros la gloria de aquella jornada, no había recibido igual homenaje de la posteridad, y si bien su estatua en bronce corona el monumento que se le erigiera en una de las plazas de Madrid, obra del insigne escultor Mariano Benlliure, sus restos hallábanse depositados en la iglesia parroquial de la ciudad de Trujillo, cariñosamente guardados por sus paisanos, pero sin haber recibido el testimonio de la general consideración y de la gratitud que la patria debe á los que la defienden y enaltecen.

Con feliz acuerdo designóse una comisión encargada de todo cuanto se relacionara con el homenaje que debería rendirse al héroe, resolviéndose trasladar sus despojos mortales al monumento llamado del Dos de Mayo, para que reposaran junto á los de Daoiz y Velarde. A este efecto procedióse á la exhumación el día 12 del actual, colocándose

las cenizas y huesos en un lienzo blanco de batista y encerrados en una magnífica caja de ricas maderas, cuya llave quedó en poder del párroco D. José Pulido. Celebrados solemnes funerales, organizóse la procesión cívica, que acompañó los restos hasta las afueras de la población, haciéndose de ellos cargo la comisión militar, compuesta del coronel Sr. Páez Jaramillo y de los comandantes Sres. Bermúdez de Castro y Saro, quienes, acompañados del alcalde de Trujillo D. José M.<sup>a</sup> Grande y del arcipreste de la iglesia de San Martín de aquella localidad Sr. Pulido, tuvieron el honroso encargo de custodiar los mencionados restos hasta su definitivo destino. Las autoridades y el vecindario de Cáceres salieron á la

A las nueve de la mañana del siguiente día llegó á Madrid el tren que conducía los restos del bizarro teniente, colocados en un coche de primera clase, convertido en capilla ardiente. La artística urna que los encerraba estaba completamente cubierta de coronas y flores naturales que habían ido depositando, en todas las estaciones del trayecto, las representaciones de los respectivos vecindarios, destacándose de tal conjunto las históricas banderas del regimiento provincial de Trujillo, cuidadosamente conservadas como recuerdo de la guerra de la Independencia.

En la estación de Leganés detúvose el tren cerca de media hora con el objeto de rendir los honores correspondientes la brigada que manda el general



Traslado de los restos del teniente D. Jacinto Ruiz. - La presidencia del duelo

carretera de Trujillo para recibir la urna, que colocada en unas andas y cubierta de hermosas coronas, fué conducida á la iglesia de San José, en donde se cantó un responso, y desde allí á la estación del ferrocarril.

Aguilera, cuyas fuerzas, á los acordes de la marcha fusilera, desfilaron ante la urna, que había sido conducida al andén por cuatro tenientes de Infantería. Terminada la ceremonia, emprendió de nuevo el tren la marcha hacia Madrid, en cuya estación esperaban la llegada varios generales, representantes del Ayuntamiento de Madrid y comisiones de oficiales de todas las armas. Traslada la urna á la capilla ardiente, habilitada en la sala de 1.<sup>a</sup> clase, colocáronse á los lados las dos banderas ya citadas y rodeándola las coronas dedicadas al héroe, dando la guardia de honor ocho soldados del batallón de cazadores de Madrid con armas á la funerala.

En presencia del gobierno, autoridades y de los generales Luque, De los Ríos, Martitegui, Ochando, Prats, Marvá, Carbó, Zapino, Moragas, Santiago, Franch y gobernador militar señor Bascarán, así como de las comisiones de oficiales, tuvo lugar el solemne acto de hacer entrega de las cenizas



Traslado de los restos del teniente D. Jacinto Ruiz. - Carrozas de la Casa Real y del Gobierno conduciendo coronas

zas del teniente Ruiz al pueblo madrileño por el alcalde del Ayuntamiento de Trujillo, quien con patrióticas y sentidas frases expresó el orgullo de aquel vecindario por el homenajetributado al preclaro hijo de aquella ciudad, cuyos restos había guardado durante más de un siglo, contestándole con un elocuente discurso de gracias el alcalde accidental de Madrid Sr. Díaz Agero.

A las once sonó el toque de atención; las músicas batieron marcha y fué la urna conducida al andén por un oficial de cada cuerpo, precedida por las históricas banderas, llevadas por un oficial de infantería y otro de artillería. Acto seguido y organizada la comitiva, púsose ésta en marcha, precedida por una sección de la guardia municipal montada, á la que seguían numerosos coches con coronas. A continuación figuraba la urna, colocada en un armón del 4.º regimiento montado, cubierta con la bandera nacional, marchando á sus lados los oficiales portadores de las banderas y los soldados que formaban la guardia de honor, y detrás el capitán general Sr. Villar y Villate, á caballo, y su estado mayor.

Presidía el duelo el presidente del Consejo, con los ministros de Estado, Guerra y Marina, presidente del Congreso Sr. Dato, vicepresidente del Senado señor duque de Mandas, alcalde accidental de Ma-

drid Sr. Díaz Agero, alcalde de Trujillo Sr. Grande, el arcipreste de aquella localidad Sr. Pulido y los jefes de sección de artillería é infantería generales

de los Ministerios y presidencia del Consejo, academias, hijodalgos de la nobleza de Madrid, órdenes militares, Diputación provincial y Ayuntamiento de Madrid, etc.

La fosa que guarda ya los restos hallase cubierta por una lápida con la siguiente inscripción: «Teniente Ruiz Mendoza — 1808-1909,» y está situada en el monumento, delante de las urnas de piedra donde reposan los despojos de Daoiz y Velarde.

Rezados los responsos por el ilustrísimo señor obispo de Madrid Alcalá y el arcipreste de Trujillo, depositáronse las coronas en el obelisco y comenzó el desfile de las tropas por brigadas y en columna de honor, marchando al frente de cada una de ellas respectivamente los generales San Martín y Pintos, haciendo las salvas una batería situada en las inmediaciones. Numeroso público presenció la ceremonia.

Así ha honrado la patria la memo-

ria del heroico oficial. La representación del Estado, el ejército, al que perteneció el teniente Ruiz, y la capital de la nación han demostrado el respeto y la consideración que merece y dedican al soldado que vertió su sangre en defensa de nuestra independencia y no titubeó en sacrificar su vida á impulso de un sacratísimo sentimiento y en cumplimiento del deber que le imponía su condición de soldado de la patria.

(De fotografías de Asenjo.)



Descendientes del teniente D. Jacinto Ruiz y comisiones presenciando la inhumación de sus restos

Crespo y Martín Puente. Formaban parte del fúnebre cortejo nutridas representaciones de Nuestra Señora de la Buenadicha, Orden Española Humanitaria de la Santa Cruz y Víctimas del Dos de Mayo, alumnos de las escuelas municipales con estandartes, alcaldes de barrio, milicianos nacionales y veteranos, clero parroquial, parientes del teniente Ruiz y descendientes de los héroes de 1808, inválidos del ejército, Asamblea Suprema de la Cruz Roja, comisiones

## AGUA LÉCHELLE

**HEMOSTÁTICA**

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Disenterias*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

## REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

### ASMA

CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO Y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.



MARCA DE FABRICA REGISTRADA.

## ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

## DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa *Bescherelle, Littré, Salvé* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes, idiotismos, el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. — Cuatro tomos: 55 pesetas.

Montaner y Simon, editores. — Aragon, 309 y 311. Barcelona

## HIGIENE de las SEÑORAS

DILUIDO EN AGUA, EL

## CRYSTOL TOCADOR

Es el remedio soberano de las afecciones uterinas cura las *flores blancas*, las *me'ritis* y en general todas las *dolencias de las vías uterinas*.

PARIS, 8, Rue Vivienne, y en todas Farmacias.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

## VIDA DE LA VIRGEN MARÍA

CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA

Dos tomos en folio, ricamente encuadernados, 100 pesetas

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito BLANCARD & C<sup>ia</sup>, 40, R. Bonaparte, París.

## PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Par. los brazos, empléese el *PILIVORE, DUSSEY*, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



Un mercado de «esclavos blancos» en Nueva York. (De fotografía de Carlos Delius.)

La venta pública á que se refiere el presente grabado se verificó en el atrio de la iglesia presbiteriana de la avenida Flatbush y calle Lenox, de Brooklyn, bajo la dirección de Mr. Teodoro O'Loughlin y el Rev. Juan O. Long, pastor de la iglesia. De los treinta y cinco hombres ofrecidos en venta al mayor postor, todos ellos enmascarados y numerados, doce consiguieron destino, y al resto se les socorrió por medio de una subscripción. Casi todos eran jóvenes y de buen físico. La única condición que

ponían era que se les garantizase la comida y la habitación. En cuanto al precio que se consiguió diremos que «el lote n.º 10,» por ejemplo, fué adjudicado por diez dólares y tres panes á la semana, para conducir el carro de una panadería. Este «lote» lo componía un hombre de veinticuatro años, casado, con siete chiquillos y un padre baldado que no tenía más amparo que su hijo. Hacía seis meses que se encontraba sin trabajo.

En todas las Farmacias del Globo.

**JARABE DE LABARRE**

Facilita la salida de los dientes y previene todos los Accidentes de la Dentición

Exigense el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants"

FUMOUZE - PARIS

## VINO AROUD

**CARNE-QUINA-HIERRO**  
elmas reconstituyente soberano en los casos de: Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.  
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

**ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR**

Célebre Depurativo Vegetal cura las

**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.  
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO  
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C<sup>as</sup>, 102, R. Richelieu, Paris.  
Todas Farmacias.

Data de 1849 Paris

**PUREZA DEL CUTIS**

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARFILLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDÈS B<sup>as</sup> S. Denis, 16

Las Personas que conocen las

**PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT**

DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA**

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagan, Paris, que envía gratis su curioso librito.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.